

# QUEVEDO

## De sus almas a su alma

P O R

ANTONIO GARCIA BERRIO

### CAPITULO I. PRELIMINARES.

#### 1) *SITUACION ACTUAL DE LA CRITICA ANTE QUEVEDO*

Ninguno de los grandes escritores de nuestro Siglo de Oro ha conseguido escapar completamente a la atención de una muchedumbre de críticos y eruditos; en opinión de muchos, y quizás no sin cierta razón, sus más encarnizados enemigos, sus desecadores, sus envilecedores. Es el riesgo más molesto de la profesión crítica: el pertenecer a ese grupo numeroso que, lejos de refrescar y hacer propicia la obra de arte o el artista estudiado, los han sepultado primero bajo el gigantesco mausoleo de centenares de datos documentales innecesarios, o les han sometido después al humillante trato de sus paráfrasis, comentarios y degradadas intuiciones. Las excepciones inteligentes son las menos, con ser, por fortuna, en el caso de nuestra literatura, lo suficientemente numerosas para justificar aquí nuestro silencio, por brevedad, sobre ellas. Ellos, los mejores, los auténticos críticos, han venido cargando con la doble tarea de reverdecer e interpretar a nuestros escritores, y de devolverles —quizás el trabajo más penoso— la sugestión que les restan tantas y tantas toneladas de papel impreso mal empleado. Con todo, para los que nos equivocamos, perdón; nuestro empeño es obra del amor y nuestros defectos de nuestras limitaciones.

Quevedo ha sido, y seguirá siéndolo sin duda, uno de los escritores que peor parte han sacado en esta ronda del jugueteo crítico. El hecho notorio de ser uno de los autores de vida mejor documentada, la fascinación irrefrenable de su arte, el sutilísimo jugueteo de su alma, de su postura en el mundo, han atraído continuamente la atención de quienes, buscando una interpretación del período histórico en que vivió, se han servido de su figura y de su vida como síntoma. Otros han acudido a él por el interés de su caso humano en absoluto; Alberti —una de las más dignas excepciones entre las que no hemos querido citar más arriba— lo ha dicho del modo mejor:

«Me toca hoy hablar de un poeta extraño, de un alma en claroscuro violento, de un hombre endiablado con furores de ángel, de un espantoso, amarillo, torturado ser: Una mística llama de azufre retorcida, un ascético hueso mondo, pelado, una desconocida exaltación en permanente zigueo, una vida, en constante estertor, en robusta «agonía» (1).

Una vez más nos viene a la mente la endiablada duda retonzona: poesía, la gran verdad, es ciencia, ciencias, quizás la eterna desmentida.

Las consecuencias más conpícuas de todo ello han sido, de una parte, que, incapaces para la interpretación de cualquier conducta superior, muchos críticos hayan naufragado en la complejidad anímica de Quevedo; y, aturridos por los desorganizados datos de su vivir, se hayan quedado, confesando su incapacidad, en afirmar lo más epidérmico, lo fenoménico de Quevedo: su multiplicidad de facetas, de conductas, de almas. —Perdonen aquí de nuevo los críticos dignos que, por haber inventado algunos de estos términos, o por haberse dejado contagiar de tales acuñaciones cómodas, aparezcan hermanados en su utilización con los demás—. La otra consecuencia, quizás más digna de atención, es que, enfrascados para bien o para mal en la interpretación humana e histórica de Quevedo, desde los datos externos, biográficos, han venido todos olvidando el hecho central de Quevedo, que es su condición de genial escritor, más precisamente el más importante exponente del conceptismo europeo; y pensemos que para Croce el término conceptismo cobraba tanto más sentido cuanto más lo aproximáramos al de barroquismo.

La única vía de estudiar en verdad a Quevedo es estudiarle en lo que representa como artista en el mosaico de las artes de su época, y en

---

(1) R. Alberti. «Don Francisco de Quevedo, poeta de la muerte». «Rev. Nacional de Cultura», Caracas, 1960-XXIII-pág. 6.

el sucederse de modos estéticos; tarea apremiante y casi totalmente inabordable (2).

Incluso no perder de vista su condición de escritor a la hora de hablar de su condición de hombre, de su espíritu; diagnosticar su alma desde los entresijos inconscientes de su estilo. Los nombres de Dámaso Alonso y de Spitzer..., y el ejemplo de sus trabajos parecen animar con augurios de vía, segura por la buena compañía, a quien emprenda tal tarea.

Nosotros hoy no pretendemos tanto. Quedan nuestras anteriores palabras como compromiso y programa. Nuestro presente estudio es uno más de los biográficos que se han venido sucediendo. Creemos que lo disculpa en una pequeña parte el que intenta llevar adelante, con ansia de conclusión, que no con convencimiento, las especulaciones sobre las almas, sobre el variado comportamiento de Quevedo; intenta reducir a la unidad de una verdad profunda, de un sentimiento inmutable y radical, intraicionado, la multiplicidad de conductas de Quevedo, ora ensalzador de Lisi o del Conde Duque, ora escarnecedor de los poetas-joyeros o rayo fulminador del poderoso caído, causa confesada de sus últimas desgracias. Queremos, en breve, llegar al alma, a la única verdad operativa de la que jamás renegó este hombre que, querámoslo o no sus entusiastas, renegó de demasiadas cosas.

---

(2) Poco suponen, por lo que tienen de parciales en relación con la enormidad del objeto a estudiar, las reflexiones en este sentido de A. Más, y las breves aunque preciosas páginas de E. ALARCOS GARCÍA, «Quevedo y la parodia idiomática», *Archivum Oviedo*. V. 1955, págs. 3 y ss., que son, por otra parte, la mejor realización del viejo trabajo, tan ambiciosamente titulado, y tan breve y trivialmente desarrollado por Penzol, «El estilo de Don Francisco de Quevedo». Es, pues, auténticamente urgente un trabajo en este campo, comprometido quizás por su dificultad, pero que tendría siempre el indiscutible valor de haber llenado un hueco molesto. Todavía la excelente tesis de M. Muñoz Cortés, «El juego de palabras en Quevedo», que vendría a llenar una buena parte de este vacío, permanece inédita.

## 2) ALMA Y ALMAS EN QUEVEDO

La caracterización no es nueva. Tradicionalmente se venía definiendo el carácter de Quevedo con la nota fundamental de contrastado y su vida con la del altibajo, la vuelta sobre sí mismo, que para unos era traición y para otros trágica lucha de un alma superior y, como tal, digna de un enjuiciamiento peculiar, más allá de las axiologías cotidianas. La consagración definitiva del concepto por obra de la palabra vino con González de Amezúa: "Porque Quevedo, como acostumbran a decir nuestros clásicos con frase muy feliz, fue varón de muchas almas: ellas, durante el curso de su vida, alentaron en él briosamente con las más varias y fecundas aptitudes, los más opuestos talentos... Allí se destacan el alma apicada, de verdes y azulados reflejos: el alma satírica, a la que la pasión comunica el rojo encendido de su lumbre: el alma filosófica y moralista, revestida de la estameña parda del sentimiento religioso, y el alma política, por fin, que luce el negro joyante de la sedeña garnacha".

La consecuencia más importante de ello para Amezúa es una desarticulación decisiva y completa entre vida y pensamiento en Quevedo:

«Su vida —dice más adelante— es una perpetua paradoja, una constante antítesis entre lo que piensa y lo que obra»... «creémosle —repite páginas adelante— sí, enamorado de la verdad, de la justicia y del bien; mas cuando acudimos a su vida y a sus mismos escritos, una y otras nos detienen con enigmática perplejidad» (4).

Lo inacabado de tal planteamiento, lo que de él repugna a una mentalidad sintética, lo que de él se aparta, en cierto modo, del reposo de una verdadera conclusión unitaria, conducía necesariamente a la bús-

(3) Un libro, relativamente reciente, sobre Quevedo, el de Emiliano Aguado, «Francisco de Quevedo». Ed. Nuevas Editoriales Unidas. Madrid, 1962. Insistía en ello: «Sería bueno entretenerse en hacer un retrato de su obra cotejando pasajes de sus libros y agrandando algunos silencios de los muchos que se advierten en su prosa y en sus versos. No ha tenido Quevedo mucha suerte con los aficionados a estudiar los grandes escritores del Siglo de Oro. Y es que tanto su vida como su obra ofrecen serias dificultades si se quiere entenderlas, de una parte, por la complejidad de su pensamiento, y de otra, por la encrucijada trágica de la historia de España, en que no tuvo más remedio que vivir», pág. 110.

(4) Cfr. A. González de Amezúa. «Las almas de Quevedo». Discurso en la R. A. Española, el 17 de febrero de 1946. Madrid-S. Aguirre, págs. 6, 45 y 48.

queda del alma unitaria de Quevedo, del principio que pudiera ser razón de tan dispares consecuencias: del divorcio de ideas y conductas en nuestro autor. Las soluciones han sido muy variadas: desde quienes han pretendido rastrearlas en los temas más reiteradamente geniales de Quevedo (5), hasta quienes, de un modo simple y expeditivo, han construido la imagen de un Quevedo sin contrastes, totalmente bueno o totalmente malvado, negando de plano, o regateando importancia a los datos externos de su vida o de su ideario que no encajaban en sus apriorismos. Mas en la mayoría de los estudios se columbra, pasada la etapa de la crítica de las muchas almas, una búsqueda apasionada del alma única de Quevedo, que es como decir de la última causa y de la verdad absoluta dejando atrás síntomas inconexos y apariencias (6).

También nosotros hemos sentido idéntica necesidad. Hemos intentado descubrir la fisonomía del alma quevedesca en su sinceridad. Pero poco a poco se han ido desvaneciendo las esperanzas de hallar sinceridad en Quevedo, fidelidad a una idea o a un sentimiento. Más adelante, en rapidísimo bosquejo iremos examinando cada uno de los pasos en este proceso de eliminación. En ninguno de los sentimientos más arraigados del alma humana, el familiar, la amistad, el amor, deja de haber siempre una sombra que nos desorienta en el caso de Quevedo. Si no estamos de acuerdo con sus detractores, no nos resulta fácil tampoco adaptarnos a la miopía contumaz de sus panegiristas.

Examinando, asimismo, sus ideas, sus grandes ideas, sobre la religión, las vemos, si sinceras, poco operativas, meros dogmas teóricos sin fuerza, fácilmente transgredibles sin dolor de corazón. Solamente al final de estos exámenes comienza para nosotros a cobrar relieve el verdadero punto en que el alma de Quevedo se descubre en sus fibras más auténticas y sen-

---

(5) Este ha sido el punto de partida de algunos muy estimables trabajos sobre Quevedo, cfr., por ejemplo el de P. Laín Entralgo en «La aventura de leer», Espasa Calpe (Austral) y en dirección muy análoga el de José María de Cossío, «Lección sobre un soneto de Quevedo», en Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo. XXI, 1945, que cree encontrar el alma única de Quevedo en el «desengaño», décima musa de Quevedo, pág. 427.

(6) Amadée Mas, autor del más reciente estudio de verdadero rigor científico y sensibilidad crítica que conocemos, declaraba así tal necesidad: «Sommes-nous si loin de Quevedo? Nous cherchions à comprendre ses contrastes. Nous avons rassemblé beaucoup d'explications, dont aucune, certes, n'est décisive. Si l'ensemble a quelque valeur, c'est par la convergence des propos vers un centre: l'âme de Quevedo. Cette âme, faut-il se résigner à la dire multiple, comme fait Amezcua? Ce serait une solution de désespoir! mais pour comprendre qu'une âme qui ai pu dicter des actes et des écrits si différents, il n'était pas inutile sans doute, après avoir soudé l'oeuvre, d'interroger l'époque et de parcourir le temps». Por la decepción y el desgarró afectivo, Mas cree encontrar la imagen del alma quevedesca en el dolorido retraimiento. «La caricature de la femme, du mariage et de l'amour dans l'oeuvre de Quevedo». Ed. Hispano-americana. París, 1957, pág. 370.

sibles. Quevedo, cerebral (7), decepcionado por senequista y cruel por perseguido, desoído y fracasado, se permitió el riesgo de la pirueta, del capricho, con casi todas las cosas, y quizás sólo a una le fue fiel desde su cuna a su sepultura. Es España la única de las ideas manejadas en su ortodoxo ideario a la que no traicionó jamás con su vida. En esta religión no se permitió deslices, ni transigió con la más leve culpa; y, como veremos más adelante, si difícil le resultaba a D. Francisco de Quevedo el respeto de la moral católica, cuyo dogma aceptaba sin una fisura, no es que este immaculado proceder en la moral patria le costará, a la larga, menos sudores, sacrificios, ni renunciadas.

Aquí es donde nosotros hemos querido descubrir y probar los quilates del alma quevedesca. Si el espíritu se caracteriza por su independencia por su inaccesibilidad a los acontecimientos de lo contingente, y por consiguiente por su rectilineidad y libre desarrollo, ninguna zona de su figura más propicia, más auténticamente espiritual y rectilínea, que la de sus afectos, sus ideas y su conducta para España.

---

(7) Se ha debatido con frecuencia el problema de si Quevedo era cerebral o sentimental. Una de las manifestaciones más recientes de este debate puede verse en A. Mas. «La caricature de la femme, du mariage, et de l'amour dans l'oeuvre de Quevedo», cit pág. 372, en que el autor rebate la tesis del cerebralismo de Quevedo del Duque de Maura. Nuestro trabajo tiene por objeto descubrir dónde dejó Quevedo de ser cerebral y empezó a reinar absolutamente su corazón.

### 3) SUS AFECTOS Y SUS IDEAS

Muy pocas son las notas del carácter de Quevedo que no se han visto sometidas a la sospecha. A cada elogio de su admirador y biógrafo Tarsía, y de sus panegiristas contemporáneos, podemos oponer una acusación de sus detractores, de Góngora, de Alarcón, de Montalbán, de los miembros del "Tribunal de la Justa Venganza", de Jáuregui...; eso si no es un verdadero diluvio de vituperios lo que se puede arrojar sobre cada elogio. A quienes alaban su parquedad en la mesa desmienten quienes le tildan de comilón y beodo; a quienes elogian su liberalidad, contradicen quienes dan como razón central de su carácter, su tantas veces reiterada tacañería. A la magnanimidad se oponen cicaterías, a la compasión, crueldades, a la fidelidad, traiciones.

No es objeto de este trabajo someter a revisión cada uno de los alegatos en pro de lo que de positivo se descubre a través de los datos biográficos y los escritos de Quevedo, ni desmentir o descubrir acusaciones. Por tan extremado tenemos el negar todos los defectos de su alma y todos los errores de su vida que se le vienen imputando, como el aceptarlos en bloque.

Nosotros queremos encontrar una base segura, firme, en la que, a salvo de discusiones, podamos asentar los fundamentos en que se sustentan las operaciones del alma quevedesca, y esa zona no nos la ofrece ninguna de las casillas hasta ahora ensayadas en el vasto reticulado de las especulaciones sobre el alma de Quevedo. Tomemos unos cuantos ejemplos de ello:

La amistad parece ser uno de los bastiones más defendibles en punto a la honradez y firmeza de afectos de Quevedo. En tal sentido la amistad más famosa, si no la más profunda y auténticamente sentida de Quevedo fue la que le unió con el Duque de Osuna, su amigo y favorecedor. Confió al escritor complicadas gestiones diplomáticas; pero, caído, no fue defendido en opinión de muchos con la eficacia y la decisión que cabría esperar de amistad tan íntima y arraigada. Envuelto en el mismo proceso que su señor, Quevedo, según el biógrafo Tarsía, llevó con resignación un largo cautiverio, confortado con su satisfacción de permanecer fiel al amigo:

«Estuvo preso en la Villa de la Torre de Juan Abad tres años y medio, pasando grandes incomodidades, si bien las daba por bien empleadas, padeciendo con mucho gusto por amigo y príncipe que le había estimado sobre todos los que conoció y le había dado ocasiones de hacer a su majestad servicios muy relevantes; por cuya causa, siempre que se ofreció tratar del duque, encarecía su virtud y grandeza con los mayores elogios que son decibles» (8).

Asimismo, bastantes años después sabemos por el Epistolario de la edición de Astrana, que Quevedo persistía en la tarea de ensalzar la figura y divulgar las ideas del desdichado amigo (9). Pero también es cierto que si no le regateó las apologías artísticas, tampoco anduvo remiso en la exculpación propia, en la solicitud de volver a la Corte, y en elogiar y colaborar con los nuevos poderosos. Sin tomar partido por nuestra parte en la cuestión, los testimonios en esta materia de quienes la han debatido ampliamente, no son, ni con mucho, completamente favorables a la opinión de limpieza de Quevedo respecto a este punto (10). Persiste, pues, el contraste respecto a este sentimiento, entre las ideas sobre la amistad y la fidelidad al amigo en las épocas bonancibles, y el abandono más o menos claro cuando sobrevino la tormenta y el peligro.

(8) Cfs. Tarsia, «Vida de Don Francisco de Quevedo», en «Obras Completas». Vol. Verso. Ed. Astrana Marín. Madrid. Aguilar, 1932, pág. 788.

(9) Cfr. Quevedo. «Obras completas». (Prosa). Ed. Astrana. Madrid. Aguilar, 1945. Carta CLIV, pág. 1.823.

(10) Resultaría muy largo, en la amplia bibliografía quevedesca, hacer censo de las opiniones al respecto de todos los críticos. A las acusaciones de los contemporáneos del escritor prestan oído muchos críticos en nuestro tiempo. Así Emilio Carilla: «Quevedo mostróse fiel a su viejo protector, a pesar de estar él preso y desterrado... Sus adversarios no lo vieron así», cfr. «Quevedo, entre dos centenarios», Tucumán. Universidad, 1949, pág. 23. Eco claro de la opinión adversa se advierte en trabajos del pasado siglo como el de Merimée, o el menos conocido de Cayetano Soler, «¿Quién fue Don Francisco de Quevedo?», Barcelona, L. González, 1898, quien advierte que muertos Lemos y Osuna, «no brota una sola nota sentida, íntima y vibrante en el alma de Quevedo, sólo versos», si bien lo que tiene de parcialmente verdadero e inteligente esta afirmación se diluye completamente en otras generales del mismo autor, por ejemplo: «Inútilmente —dice poco antes— se buscará en la correspondencia epistolar de Quevedo, y en las anécdotas de su biografía, algo que hable de aquel sentimiento de amistad que une los corazones de los hombres», págs. 68 y 69. Al igual que en casi todos los trabajos modernos, parece ir afirmándose la convicción de que lo predominante en Quevedo, respecto a sus amigos, y concretamente respecto a Osuna, es la fidelidad. Entre los muchos ejemplos seleccionables, Emiliano Aguado, en «Francisco de Quevedo», cit., dice de Quevedo y Osuna: «Siempre le quiso bien y le sirvió con todas sus fuerzas», pág. 61. Maura y Gamazo, en sus «Conferencias sobre Quevedo», Madrid, s. Calleja, s. a., destaca la fidelidad de Quevedo a Osuna y a Medinaceli: «Una y otra vez optó por mantenerse fiel a su linaje, a su conciencia y a su honrría de bien». Pero, aunque un estudioso tan fuera de toda sospecha de liviandad como Crosby, se adscribió a esta opinión —cfr. «Nuevos documentos para la biografía de Quevedo», Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo. XXXIV. 1958, núm. 3, página 239— quedará siempre no absolutamente clara la fidelidad a ultranza al amigo caído, que correspondiera a los encarecimientos de sus panegiristas, en

Junto a la amistad, quizás el problema más discutido en Quevedo haya sido el del amor y las mujeres. Imposible encontrar en este punto vestigio alguno seguro de las ideas y afectos auténticos de Quevedo. Tan pronto nos parece un misógino completo, con Más, como un delicado y pertinaz amante de Lisi, como cree Astrana; y no sabemos, pues, cuándo bromea o cuándo se da rienda suelta a su verdad, si en la sátira o en la tierna composición petrarquista. De cualquier modo, la situación actual de la crítica al respecto, y la relativa vigencia del problema, nos obliga aquí a nosotros a tomar postura y aventurar opinión en breve.

---

esto, como en todo extremados. A este propósito es curioso observar, aun cuando en su autor no obedezca quizás a intención irónica, la noticia de una visita de Quevedo, ya exculpado en el proceso, a Osuna, condenado, y su repentina marcha con pisas para acompañar al Rey y la nueva corte en sus diversiones. Conjetura exagerada quizás con pocos visos de verosimilitud, pero de una plasticidad poderosa en armonía con la fama de los amigos y los detractores, de las invectivas y de los elogios: «No hubo piedad para Osuna. Pero en una casa tan fuerte de Carabanchel, allí fue a visitarlo Quevedo. Todos los resquemores entre los dos viejos amigos quedaron desvanecidos en aquella patética entrevista... «Tal vez Osuna hubiera querido retener un rato más a su amigo en aquella fúnebre entrevista. Pero Quevedo tenía prisa... Se hallaba impaciente. Aquella misma noche había de partir con la comitiva real a Andalucía». Quevedo, de aposenador, despensero y director de juegos del Rey y el Conde-Duque, se vió en aquel viaje en el lugar más encumbrado de su existencia. Miseria de las grandes almas, embrutecidas en la servidumbre aristocrática. Cfr. Antonio Espinosa, «Quevedo». Madrid. Atlas. 1960, pág. 132.

## 4) LA MUJER, UN PASO HACIA EL ALMA DE QUEVEDO

En torno a este punto se vienen planteando simultáneamente dos cuestiones diferentes y con frecuencia se incurre en el error de mezclarlas. Una es el hecho de la posición de Quevedo, hombre, respecto a las mujeres; otra es el enjuiciamiento de su abundante producción literaria sobre la mujer. El hecho de que en la obra de Quevedo, singularmente en la poesía, el tema femenino venga repartido por igual entre la poesía de amor respetuosa, y la sátira femenina y las glosas del amor carnal, con los términos más descarnados, ha conducido invariablemente a la pregunta de cuál de estas dos caras del mismo tema sería la más auténtica expresión del pensamiento de Quevedo.

En nuestra opinión en la respuesta se han involucrado, una vez más, los pareceres sobre el escritor y el hombre. En efecto, como la poesía amorosa sería es, en opinión de muchos, la manifestación menos afortunada del talento artístico de Quevedo, se da por hecho que el hombre, Quevedo, no expresaba en ella sus sentimientos sino los tópicos, fríos, de la ininterrumpida tradición del llanto petrarquesco. Inversamente, como las poesías festivas y burlescas sobre el tema tienen —si no se quiere reconocer su para nosotros indiscutible superioridad respecto a mérito literario— un acento personal y un sabor de novedad artística muy superiores a las composiciones serias, se ha visto la figura humana de Quevedo más inclinada a la visión de la mujer bajo ese sesgo desidealizador y acremente satírico (11).

---

(11) Cfr. Ottis H. Green. «El amor Cortés de Quevedo», Biblioteca del hispanista Zaragoza, 1955. Como introducción a su estudio traza un amplio resumen, anotando gran cantidad de citas, de los pareceres críticos antecedentes sobre la mayor autenticidad biográfica de la poesía satírico-burlesca de Quevedo y, casi como directa consecuencia, de su mérito artístico; así como de algunas opiniones, A. Alonso, Blecua, etc.... contrarias. Nosotros estamos, aún admitiendo con gusto muchas de las puntualizaciones y los recortes hechos al tópico, con la opinión tradicional de la mayoría, entre los que hoy piensan que la poesía amorosa sería es un mero intento de «despistar» (cfr. Antonio Espina. Quevedo, cit. pág. 73), de hacer uso de «permission» retórica de que hablaba Merimée (op. cit. pág. 397) o de un hacernos «entrer dans un jardin poetique ennuyeux conventionnel» (cfr. Bouvier, «Quevedo, homme du diable, homme de Dieu». Champion. París, sa. pág. 178) o, más definitivo aún, un incontestable testimonio de falta de auténticos sentimientos animadores, unos ejercicios versificatorios «retóricamente glaciales»; como los consideraba Maura (cfr. «Conferencias sobre Quevedo», cit. pág. 35).

Esta opinión era casi unánime hasta que en la aparición del trabajo de O. H. Green, "El amor cortés en Quevedo", vino a exaltar el valor de la poesía amorosa seria, señalando el canto a Lisi como el centro poético más importante en la temática quevedesca, que vendría a ser un tratado, conscientemente ajustado, al proceso de desenvolvimiento, sin faltar a uno de sus grados, del amor cortés. No entraremos en la discusión de esta afirmación, exahustivamente hecha ya por A. Más; sin embargo, queremos manifestar nuestro desacuerdo con el inteligente y delicado crítico anglosajón sobre que la poesía amorosa seria no sea —según él pretende— infinitamente más tópica, menos caldeada por perceptibles oleadas de sangre del corazón que la poesía satírica (12). Esta es una cuestión de pura impresión de lector, la contraposición de pareceres eruditos no vendrá jamás a añadir nada decisivo al respecto; firmemente convencidos de que el Quevedo más coherente con sus actos y con su vida es el que desnuda su morbo en la sátira de las busconas, y en la risotada a costa de viejas y melindrosas, sólo podemos dejar al juicio de los futuros lectores de Quevedo, como supimos el de los pasados, la sanción de nuestro parecer. Quevedo es una verdad distinta para cada uno de sus lectores, la tiranía crítica no debe olvidarlo en ningún caso.

Nuestra intuición de lectores de Quevedo y de medianos conocedores de su biografía, nos ha llevado al convencimiento de que él, que muy probablemente sentía de modo muy arraigado la superioridad de su talento y de su ingenio sobre sus contemporáneos, no tuvo jamás, a mayor abundamiento, la menor duda respecto a su propia superioridad sobre sus contemporáneos; de aquí nace el conflicto que quizás determinó el mayor resquemor, la mayor disconformidad consigo mismo de Quevedo.

Junto a su personalidad auténticamente extraordinaria quizás ya bastante obstáculo por sí misma, como diría Ortega y Gasset, para la bienandanza en el comercio amoroso, se alienaban en el conglomerado de circunstancias quevedescas otras dos que auguraban notables irregularidades en el momento mismo de abrirse el joven poeta al amor entre las damas de la corte de Valladolid.

De una parte la fealdad misma de Quevedo; de otra, las circunstancias histórico-sociales en las que se movía Quevedo, que hacían y han hecho obligatorio el cortejo sempiterno a tantas "reinas de amor", con la injusta pero indiscutible razón de su hermosura cautivadora. Si a esto se añade que el inteligente y contrahecho Quevedo se encontraba situado en el punto social de equilibrio más difícil —sobre el abismo de las masas populares y sin los firmes asideros de los caudales, el poder y

---

(12) Cfr. A. Más. «La caricature de la femme...» cit. la larga discusión de la tesis de Green en el cap. II de la parte II de su trabajo.

la nobleza— asusta hoy pensar desde qué apartado rincón habría tenido que empezar Quevedo a dar sus primeros doloridos suspiros por la bella reina de amor que le hubiera tocado en suerte, lo incómodo y largo del camino hasta la amada, y las grotescas actitudes que habría de adoptar aquel burlón azote de la corte, alma de los mentideros, espadachín aventajado, y, sobre todo, soñador sesudo de empresas de reconstrucción nacional. No, difícilmente podemos imaginar a Quevedo como aquel sempiterno niño irresoluto, que ardió en silencio en Sevilla, años antes, por la Condesa de Gelves.

Quevedo, por fuerza de época, y por circunstancias y por natural propio, caminó siempre tras las huellas de la nobleza, en política, en carrera cortesana, en actitud ante las riquezas. Su inconformismo radical, su aristocracia espiritual, y la moda de la época, condujeron seguramente su amor bajo las rejas de algún palacio madrileño, vallisoletano, o partenopeo. Lope, más popular y seguramente menos dueño de sus instintos —con todos los tópicos en contra del irrefrenable erotismo de Quevedo— fue a buen seguro, menos cuidadoso en punto social a la hora de la elección de sus amores. El buen hombre que fue el caballero D. Miguel de Cervantes, probablemente no gustó seriamente jamás, ni en sus años de mayor inexperiencia y poder de la ambición, de otras señoras que de aquellas recoletas de la clase media de la corte o lugareñas. Quevedo no, seguramente, con su valiente propensión a lo difícil y costoso, a pelear en el terreno menos propicio, soñó un día con triunfar en un corazón cerrado a todos los oropeles y vanidades de palacio. Probablemente fuera, como quiere Astrana, en el de Luisita de la Cerda; mas seguramente no fue éste el único sueño de aventajar en amor a quienes aventajaba minuto a minuto en inteligencia, en valor, y quizás en honradez, y que, en su opinión, no tenían sobre él más título de ventaja que el azar del cuarto en que habían nacido.

La realización de un sueño así, sin embargo, era costosa, difícil, dolorosa sobre todo para una mente como la suya. Doblegarse, tiranizado por un instinto ingobernable, por un ansia indefinida quizás de ternuras inefables, al capricho de una hermosura sin más inteligencia que el agudo instinto de la coquetería. Sentir la sanción adversa, quizás más de una vez, de una de aquellas bellas tontas, ver preferido a un lindo, oír quizás en lo apartado de un salón las vacuidades de un mentecato, y sentir la complacida admisión de la damita feliz. Todo aquello pudo ser probablemente el calvario del Quevedo enamorado de Lisi; del Quevedo, si hemos de creer que su poesía sería es algo más que el ejercicio de un exquisito poeta cortesano, que con toda seguridad —lo dijo él— sirvió durante años sin correspondencia, sirvió hasta la muerte sin esperanzas.

Mas queremos advertirlo con urgencia, estas pasiones aristocráticas de Quevedo, no fueron, no pudieron ser, como muchos han pensado, un hecho ininterrumpido, continuado, una norma de conducta moral que, truncada por una grave decepción, dieron entrada al largo cortejo de las aventuras fáciles, de los amancebamientos, de los escándalos, y a su secuela literaria de jácaras escandalosas, de romances burlescos y sonetos satíricos. Probablemente el sueño del amor cortés, de la gran pasión depurada de inmundicias y favorablemente sancionada por la sociedad cortesana, no abandonó a Quevedo durante muchos años, pero todavía es más cierto que ese amor no enterró al otro, ni que el otro nació en el sepelio de éste (13).

A cada decepción, a cada contraste de la ilusión —ilusión oculta en el alma del burlón Quevedo— seguía, quizás desde la primera vez, la “venganza”, la entrega a la prostituta y la subsiguiente discusión económica, tan reiterada en él. Pensar que Quevedo sólo conoció esta faceta del amor, que jamás le divirtió ni le preocupó otra cosa que el amor con las amigas de Escarramán, y la salvaguarda de su atezada bolsa de los socaliños de las mozas de partido, es algo más que no conceder ningún valor biográfico a sus no escasas poesías amorosas serias, es deshumanizar a Quevedo; el quitar el motivo y dejar sólo la manía, la machacona secuela, es motejar a Quevedo de perturbado sin causa.

No nos cabe duda, e insistimos en ello, que el Quevedo más singular, más nuevo, menos masa en arte y en vida, es el Quevedo de la sátira amorosa; pero no olvidemos tampoco que esas burlas, esos sarcasmos, son espasmos cada vez más frecuentes e intensos, cada vez más uniformemente articulados en una conducta, de una capacidad de amor superior ilusionado, que no encuentra molde idóneo en que volcarse. ¡Lástima para Quevedo que el genio, la integridad moral superior no hayan sido llaves infalibles del corazón femenino!

Con la tónica de brevedad que nos hemos querido imponer en esta parte inicial, casi meramente sinóptica de las opiniones ajenas para centrar el problema, en cierto modo de alguna novedad, de que nos ocupamos primariamente en este trabajo, hemos pasado por alto la cita y el comentario de muchos famosos textos quevedescos: sus descripciones ultrarrealistas de la mujer y de las relaciones sexuales, su desmontar —con técnica tan barroca de naturaleza muerta— las descripciones idea-

---

(13) Sirva como ejemplo de frases que han dado lugar al equívoco planteamiento de la cuestión a que nos referimos: «Don Francisco de Quevedo es enemigo de las mujeres. Habiendo sido en su juventud y mucho después, aficionado por extremo a ellas, las odia al modo y manera que el beodo puede aborrecer el vino, sin ceder a la atracción irresistible de la bebida». Cfr. Julián Juderías, «Don Francisco de Quevedo y Villegas. La época, el hombre, las doctrinas». Madrid. Jaime Rates, 1922, pág. 206.

lizadoras metafóricas de la belleza femenina, sus continuas protestas de las viejas y busconas avarientas, su orgulloso pregonar la propia soltería, etc., etc... Queremos, empero, aludir a uno que nos parece suficientemente recordado, y al que juzgamos de capital importancia, al menos desde la mecánica amorosa que nosotros presumimos en Quevedo y esbozamos en las líneas anteriores. Nos referimos a un ingenioso y cruel romance, en el que por cierto parece haber una temprana alusión al Don Juan Tenorio, que debería estar, fresca aún la fecha de su estreno, hecho el galán joven de los corrales de la corte:

«Pésame, señora mía,  
de ver a vuesa merced  
hoy de plata, sin ser niña,  
y niña de plata ayer.  
Apenas del artificio,  
el padre Matusalén  
ha introducido en su casa  
mucho cáscara de nuez.  
Las arrugas de la frente  
son rodadas, a mi ver,  
de la carrera del tiempo  
y la huella de mis pies.  
Bien haya el hoy, que me vengó de ayer.

.....  
La que tuvo juanetines  
y don juanes a sus pies,  
ya con los juanetes solos  
en malos pasos la ven,  
El ajo que apostó a luces  
con el mismo amanecer,  
ojo de pulla se ha vuelto  
de los de «béseme en él».

.....  
Si la llamare «mi vida»,  
pues sabe la vida que es  
en figura de requiebro  
será una vaya cruel.  
Si la dijere «mi alma»,  
muy bien se puede correr,  
pues es llamarla sin gloria,  
y pecadora también.  
Si «mis ojos», ya se entiende,  
y su desaire se ve,  
vidriados como los platos,  
con cuerdas como rabel.  
Bien haya el hoy, que me vengó de ayer». (14)

---

(14) Cfr. F. de Quevedo, «Obras completas» (verso), cit. pág. 366 y 367.

Bromas a un lado, el estribillo de este romance nos aparece como una clave indiscutible en la interpretación de la conducta amorosa de Quevedo: venganza en las desdichadas, a las que no podía amar su alma delicada, en su carne, del desvío de las damas, dignos relicarios de sus mejores pensamientos. Y venganza a través del tiempo que aja sus gracias milagrosas, animadas de un alma singular, el alma no inteligente de la belleza, cautivadoras, tiránicas, sí, pero caducas. Perdida la inteligencia fatal de la belleza, la otra inteligencia, que jamás se tuvo, agranda aún más el rasgo de su ausencia, y Quevedo descubre al fin, alborozado, el consuelo de toda su vida, la decepción, el desprecio, y se abraza a ella con el alborozo de quien, perdida la tabla de salvación, vuelve a chocar con ella cuando su congoja era más ciega.

Tras de tantos intentos de reconstrucción del alma o el pensamiento de Quevedo, no nos ufanamos nosotros ahora demasiado pensando haber dado con una explicación nueva o definitiva en el movimiento de los afectos de Quevedo. Tampoco su alma nos aparece por ahora y en esta vía mínimamente alumbrada. Con nuestra tesis de "la venganza", como móvil de lo amoroso de Quevedo, no nos hemos apartado de los viejos esquemas de contraste, de síntomas. El alma reflejada en un sentimiento único, incontrastado, inalterable y sempiterno, no nos ha aparecido aún.

Pero en cierto modo no creemos haya sido un rodeo ocioso. Hemos creído alumbrar un Quevedo fundamentalmente desengañado, que no gustó más que hieles allí donde conoce el hombre afortunado la más sabrosa miel de su existencia sobre la tierra. Perdió a Quevedo, apartándole de la consecución de la felicidad completa con la mujer, su propio inconformismo, su incapacidad de mentirse, su verse tal como era, el ver despreciadas, desatendidas, sus no vulgares cualidades, sus geniales dotes. Mas Quevedo cuenta siempre con una energía moral inagotable, que emplea para revolverse contra quienes hubieran podido burlarle, despreciarle; puede estar lejos del amor y de la súplica, porque en su alma arde un inextinguido fuego amoroso, una llama que jamás titubeó, una luz firme que le comunicó firmeza aun en los momentos de mayor retorsión, de reflexión lejana sobre sí mismo. Es su amor a España. Y este amor llenó también los huecos, cada vez mayores, del amor femenino, del familiar, del de posesiones y honores; a medida que las demás ansias, anegadas en decepción, amortiguaban sus bríos, el ansia de España ganaba terreno en el corazón del genial artista, que, al fin, vino a abrazarse a ella como a la única inamovible verdad de su vida, como a la única segura manifestación de su yo más auténtico, de su alma.

## 5) CONSECUENCIA: QUEVEDO ANTE LA FAMILIA Y LA MORAL CATOLICA

Remate de las anteriores consideraciones sobre la mujer es este apartado que ahora abordamos. De nuestras palabras anteriores no resulta difícil inferir las que seguirán: ante la familia, Quevedo ni la forma ni la aña; respecto a la moral en materia de castidad, construye una extraña moral circunstancial.

Quevedo no habló apenas de sus familiares. En el epistolario tenemos noticias sobre todo de su hermana monja, a la que envía regalos, y, en alguna ocasión de la otra rama de su familia, especialmente de sus sobrinos (15). Habló muy poco de su madre, y en tales extremos, qué mejor que no lo hiciera, en el "Parióme adrede mi madre" (16); su padre, las mujeres que amó y los hijos que tuvo, si hemos de creer el documento que lo denunciaba sacado a la luz por González Palencia, no le merecieron ni un recuerdo cariñoso.

Tocante a su propia mujer, D.<sup>a</sup> Esperanza, a la que probablemente no le llevó el interés, como muchos aseguran, y a la que con toda seguridad no le llevó el amor, no hemos de extrañarnos por el rápido e ininterrumpido olvido de Quevedo, si tenemos en cuenta el poco eco que tuvo en él el afectuoso recuerdo de su madre. Y es que Quevedo evidencia en éste y en otros muchos campos la arista de su dureza de afectos; fuera del de España, alumbrado por un trasfondo intelectual poderoso y salpimentado por la dinámica excitante de la acción, el único plano sentimental desde el que hubiera cabido escudriñar en algún modo el alma de Quevedo, como ya advertíamos, era el amoroso, y en ese las decepciones y el disimulo hacen muy difícil el sereno y seguro recorrido.

De Quevedo ha engañado a algunos la ternura que derrocha en sus cartas al glosar los delicados afectos matrimoniales en sus amigos. Los hijos, esperanza segura de sucesión brillante, la esposa muerta y el dolor irreparable que su ausencia causa (17). Pero estos sentimientos de Osuna,

(15) Para varias noticias sobre sus hermanos y sobrinos, véanse algunos de los ejemplos aludidos en su epistolario. Ed. Astrana en «Obras completas» (prosa), cit. págs. 1.821, 1.839, 1.874, etc.

(16) Cfr. F. de Quevedo, «Obras completas» (verso), cit. pág. 272.

(17) Cfr. F. de Quevedo, «Obras completas» (prosa), cit. pág. 1.737 ó 1.870.

de Medinaceli, y aun del Conde-Duque, no parecen ser concebidos por Quevedo como propios. Cortesía, zalamero halago, adulación servil; en esta gradatoria escójase el término que aparezca más propicio a la particular idea que se tenga sobre Quevedo y los nobles, cualquier cosa menos sinceridad, o experiencia propia transfundida. Porque a las páginas de Quevedo jamás asomó en este terreno la simpática nota de la nostalgia.

Ni siquiera el silencio, por otra parte, es el peor cargo que puede oponérsele a Quevedo en materia de ternura. El positivo desprecio, la más dolorosa aversión al matrimonio campea por doquier, no hablemos ya de sus poesías o de sus obras festivas en prosa, hasta en las cartas aludía frecuentemente a su soltería (18). Y por si no bastase esto, hay algunos ejemplos —aunque quizás se pudiera dudar de su sinceridad y valor biográfico como del de toda la obra burlesca de Quevedo—, en los que la absoluta carencia de sensibilidad a la ternura paternal estalla con brutal antipatía ante la mentalidad del lector moderno. A este respecto preferimos el romance “Sacúdense de un hijo pegadizo”.

El asociar al tema de la paternidad el del engaño de la buscona, el de la sacaliña, el del carnaval de los felices padres a escote cogidos en la trampa de la tarasca, tiene por colofón el cinismo de los siguientes versos:

«Para ayudar a engendrar  
Iré, sin duda, aunque indigno,  
con mi lujuria achocada  
entre estas peñas y riscos.  
Naveguen otros las cortes  
que yo en el golfo me vivo;  
que a pecar bueno y de balde  
desde que nací me inclino». (19).

Burla, burlando, estas y otras semejantes veras o bromas son el único eco que dejó en Quevedo el noble sentimiento de perpetuar la especie. Estamos de acuerdo, en esta ocasión, con quienes opinan que todo ello, si es broma, no puede pasar (20).

(18) Ibid. págs. 1.737 y 1.740, quizás estas citas en cartas al Duque de Medinaceli vienen a propósito de alguna conversación entre ambos, o gestión matrimonial del noble amigo empeñado en casar a D. Francisco.

(19) Cfr. F. de Quevedo, «Obras completas» (verso), cit., pág. 288.

(20) A. Mas, junto a la denuncia de la grosería espiritua que Quevedo hace en este sentido, sin dejar siquiera el rayo de luz de una más o menos inmediata justificación decepcionada, como en el caso del sentimiento amoroso, intenta disculparla aduciendo la mentalidad de la época, carente de sensibilidad para el niño, hombre imperfecto... «il parle des enfant quand il lui arrive, par hasard, de songer a eux avec une espèce de répulsion. Certes, il serait anachronique de demander à un homme du XVII siècle de montrer à l'égard des jeunes enfants une sensibilité qui ne s'est développée que plus tard», op cit., pág. 94.

La atención de los modernos críticos de Quevedo, y de sus contemporáneos, que han intentado precisar las leyes por las que se regían corazón y cerebro en este hombre de muchas almas, ha recaído frecuentemente, preferentemente a la hora del balance, en el marcado contraste que presenta la ortodoxia dogmática-religiosa (21) de las obras de Quevedo con su desordenada vida que, como se desprende sin lugar a dudas de las acusaciones de los enemigos y de las propias confesiones, no era precisamente modelo de edificación moral, especialmente, en punto a castidad.

Pérez Clotet, en una época crítica en que se prestaba atención singular a estos contrastes morales, decía:

«Quevedo, como hombre, sentía las tentaciones de la carne, y sin fuerzas para reprimirlas, conculcaba los preceptos religiosos. Pero como escritor no claudicaba de sus creencias». (22).

Formulación semejante en todo a alguna de las de Maura en sus conocidas "Conferencias":

«No sufre en su razón durante su vida entera el más leve eclipse la fe católica, apostólica, romana, aprendida de sus mayores; en sus costumbres, por el contrario, lo temperamental o viciosamente adquirido prevalece con lamentable frecuencia sobre lo heredado. Es asiduo visitador de templos y devoto portador de escapularios de muy diversas Cofradías y Hermandades: pero ello no le impide multiplicar en su vida cotidiana los malos ejemplos, aunque tan sin hipocresía, antes bien con tan pública humildad de pecador, que repetidamente se califica a sí mismo de lascivo en las obras que da a la imprenta». —Y añade el crítico que además Quevedo no mejoró con la edad...— «Casi mediada ya la cincuenta, vivía aún pública y ramplonamente amancebado». (23).

Estamos de acuerdo con Más en cuanto al innegable cambio de la concepción del niño que, merced a las novedades de la paidología y a las modificaciones de la sensibilidad y la afectividad, se ha efectuado en los últimos tiempos. Sin embargo, si Más piensa en Montaigne para justificar la actitud de Quevedo, nosotros pensamos en la ternura que subyace tras de tantos relatos de encuentros del hijo de Cervantes, superficialmente afectados de la marmórea clasicidad de Apolonio y Tarsiana y que apareciendo en la historia de Preciosa, o en «La Española inglesa», es tema central por ejemplo de «La fuerza de la sangre». Por no hablar de las encendidas caricias líricas al Niño Divino y a los hijos propios, del padrazo que fue Lope de Vega, como Cervantes y como Quevedo, hombres del siglo XVII, y aún más casi del XVI. Quizás valiera la pena profundizar este parangón entre los tres grandes escritores cuyas almas, por cierto, han venido siendo contrastadas por la crítica en tantas otras facetas de sus dispares personalidades.

(21) Cfr. Pedro Lira Urquieta, «Sobre Quevedo y otros clásicos». Ed. Cultura Hispánica. Madrid, 1958. Taxativamente Quevedo «no conoció las veleidades heterodoxas». 68.

(22) Cfr. Pedro Pérez Clotet. «La política de Dios de Quevedo, su contenido ético jurídico», Reus, Madrid, 1928. Pág. 61.

(23) Cfr. Maura y Gamazo. «Conferencias sobre Quevedo», cit., pág. 23.

Contraste normal, pues, que vino reforzado por la general convicción en la firmeza de la fe en Quevedo, auténtico, y a veces enojoso catequista. Ni siquiera quienes más le negaron a Quevedo en punto a entereza moral, supieron regatear nada a esta firmeza de creencias que supuso, a la larga, según la mayoría (24) la conversión definitiva del malparado Quevedo hacia 1635.

Pasemos por alto, ahora, nuestras propias ideas al respecto, nos interesaba sólo, por el momento, en esta sinopsis introductiva dejar constancia de que en este, como en los demás puntos, no se encuentra fácilmente portillo hacia el alma de Quevedo, a partir de los sentimientos y creencias en que la mayoría de los hombres solemos ofrecerlo: porque no hemos visto hasta ahora en la revisión crítica efectuada una sola dirección espiritual en que ideas y obras no lleven sentidos contrapuestos en todos, en la mayoría, o, al menos, en algunos casos. Y aunque fervorosos admiradores del artista, no somos aún tan amigos del hombre para, desatendiendo siquiera estos contados casos de excepción, precipitarnos y precipitar a quienes quieran leer estas líneas y darles crédito, en una vía de penetración espiritual sembrada de sospechas, cuando ya es tan arduo el descenso hacia el laberíntico santuario de la absoluta verdad quevedesca.

---

(24) Merimée, tan denostado del entusiasta Astrana, por los que el encariñado y activo erudito creía ataques a su admirado Quevedo, decía a este propósito: «Sa religion, pour ne s'élever guere au-dessus de celle du peuple, n'était pas moins sincère: tous les écrits que nous avons étudiés le prouvent clairement».

## 6) CONCLUSION: HIPOCRESIA O SUBLIMIDAD. ALMA Y CARACTERES

Para quienes han rastreado el alma de Quevedo por alguna de las vías reseñadas en las páginas anteriores, la conclusión obligatoria parecía ser la elección en esta disyuntiva. El contraste marcado entre vida y obra, entre pecado y predicación, entre infidelidades más o menos claras y culto a la amistad, entre amor envilecido y sublimación sentimental, entre gula y abstinencia, entre tacañería y liberalidad..., o llevaba a hablar de Quevedo como alma de contrastes, que era tanto como no obligarse a concluir y quedar en el terreno de nadie de la constatación, sin compromiso, de datos evidentes, o llevaba a la conclusión de que, a pesar de las apariencias contrarias, en el fondo de Quevedo latía una honradez sin límites; exaltando "lo dicho" como la gran verdad de Quevedo; o, por fin, llevaba a los de peor humor a prestar atención preferente a los vicios, la mayoría confesados por el honrado penitente que fue Quevedo, de que aparece llena su vida, y que hacen de él una auténtica mala persona.

Realmente a esta última conclusión, quizás la más alejada de la nuestra, ha dado pie siempre la más unilateral de las visiones posibles: el no tomar de Quevedo más que sus propias autoacusaciones, el no hacer caso —quizás no sin completa razón en absoluto— de sus penegiristas, el llenarse los oídos, por el contrario, de sus enemigos y detractores (27) y

(25) Bellamente expone esta opinión Bouvier a quien queremos citar como resumen de tan generalizadas ideas: «Il demeura jusqu'à la fin de sa vie inaltérablement attaché aux idées religieuses qui lui ont alors été inculquées par les Jésuites... Cet esprit sceptique, qui dissocie, qui découpe tout, qui n'a que sarcasmes pour le monde, fait le silence autour des autels de son Dieu et ne paraît pas connaître un instant la doute religieuse... Une lente ascension marque d'ailleurs les diverses étapes de sa vie. Les écrits politiques puis religieux. C'est là bien entendu, l'allure d'inflexions... Mais ses vieux maîtres, en fin de compte, prennent une totale revanche; il achève sa vie à genoux». En «Quevedo, homme du diable, homme de Dieu». Cit., pág. 37.

(27) Como muestra de las numerosísimas acusaciones de sus enemigos recordemos una genérica y no de las más violentas, formulada en el «Tribunal de la Justa Venganza»: «Pues si la virtud y las ciencias son las que ennoblecen al sujeto y lo hacen digno de honor y es loable y bienaventurada la vida de aquel de quien ninguno se queja, y parece que Don Francisco de Quevedo sólo nació para ser esclavo de su vientre y de su lengua, y desde que abrió los ojos a la vida de tal manera puso coto a los pecados que no le dejó coto en que pecar, y si en su imitación se comete algún pecado le parece que le roban de las manos aquello que se peca. ¿Qué honorificación es la que merece?». Cfr. «Obras completas» (verso), cit. pág. 1.106.

el ennegrecer al máximo los obligados puntos oscuros de la ética de Quevedo en cualquier coyuntura de su biografía que incurra en lo opinable.

Y una de sus más dignas, por la personalidad que la hace, y difundidas formulaciones sea quizás la que a continuación copiamos:

«Lo malo no fueron, pues, tales o cuales gobernantes; lo malo era la época. Y no bueno, hay que decirlo, no muy bueno fue Don Francisco de Quevedo. Sus pasiones eran terribles. El mismo se confesaba envidioso. Pasaba con ligereza lamentablemente de la adulación a los personajes poderosos a una mortal enemistad, según cual fuera la cuantía de lo que le daban». (28).

No rompamos nuestro propósito de no entrar en discusión de puntos no absolutamente claros, aunque bien lo merecían las palabras de Marañón, que, como consecuencia de lo profundamente que trató a Olivares, no tenía análoga intimidad con Quevedo; añadamos, simplemente, aquí, como muestra, otra cita ya más olvidada, pero de un autor también de relieve intelectual indiscutible, en la que se hace el resumen de zonas más oscuras en el retrato de Quevedo:

«No puede menos, en efecto, de desilusionar algún tanto a los lectores de «La cuna y la sepultura», admirable tratado que podría ser obra de cualquier místico de aquel tiempo, el enterarse de que Quevedo no fue humilde, sino orgulloso y soberbio, que no amó siempre al prójimo como él dice que debe amársele, que no aborreció las riquezas, que no huyó de los placeres de la carne, que había sido malo por muchos caminos, según él mismo confiesa, y que aun habiendo dejado de ser malo, no era bueno porque había dejado el mal de cansado, y no de arrepentido» (29).

Juderías invoca después la condición de moralista, declarándola lo más importante, el elemento purificador, en la figura de Quevedo. Marañón ignora su genio literario; pero en todo caso la balanza en el juicio humano se ha volcado decididamente por lo negativo. Su alma, no se salva por sus obras; sus almas, la del moralista y la del libertino —la del hipócrita por adicción simple de los dos— y quién sabe cuántas más le han condenado el alma.

Nuestra preocupación actual y a lo que tenderemos en las páginas inmediatas es a encontrar el alma que le salve. Porque partimos de la base de que el hombre se salva por autenticidad, y que él es, en definitiva, su propia autenticidad. El alma, o la esencia, de un hombre, y más cuando

(28) Cfr. G. Marañón, «El Conde-Duque de Olivares». Espasa-Calpe (Austral). Madrid, 1965, págs. 102-103.

(29) Cfr. J. Juderías. «Quevedo...», cit. págs. 16-17.

ha conquistado ya la dimensión de hecho histórico de relieve, debe ser juzgada por su rasgo fundamental, por lo que le vivifica, y ese rasgo fundamental es la creencia a la que son fieles su corazón y su cerebro durante toda la vida. De la condición de tal creencia, dependerá la condición del alma, noble o depravada. La periferia de esa creencia es una zona muy amplia, de fenómenos a veces, como en el caso de Quevedo, fundamentalmente contradictorios. Pero todo esto, que para nosotros no es alma, son meros accidentes, compañeros... carácter.

El carácter tiene la virtud de impregnar poderosamente por contacto cronológico, pero de diluirse con el tiempo. De aquí que si la perspectiva histórica permite aclarar los esquemas de desenvolvimiento de los hechos colectivos, oscurezca tal vez el carácter real de los individuos, obligue a pronunciarse a la vez de modo más veraz y más falso: más falso respecto al carácter, a la verdad contemporánea al hombre, más veraz en cuanto al alma, a la quintaesencia, a la verdad eterna... Quién sabe si también por designio providente a la sanción magnánima de la Eterna Verdad.

## CAPITULO II

### 1) EL RASTRO DE UNA NUEVA VIA

Planteado quedó en el apartado precedente nuestro propósito de buscar el motivo más permanente y menos traicionado en el perfil psicológico de Quevedo, rasgo que constituiría lo que nosotros entendemos ha de ser la esencia del alma de un personaje histórico.

El primer temor que nos asalta en la realización de semejante cometido es el de que bien puede ocurrir que nuestro empeño sea completamente carente de originalidad. No han faltado quienes han destacado el singular relieve que en la doctrina y en la vida de Quevedo tiene la idea de España. La verdad es que en la amplia bibliografía psicológico-biográfica quevedesca quedan ya muy pocos temas por tratar desde hace muchos años y, naturalmente, el tema de España no es, ni con mucho, uno de ellos.

Tampoco han faltado quienes destacaran la faceta política en la biografía de Quevedo, político de acción. Sin embargo nuestro trabajo actual no pretende venir a replantear el orden de los viejos datos, o a discutir decisiones ya tomadas que, con no ser aportación novedosa, sería, sin embargo, una puesta a punto del problema siempre digna de agradecimiento en problemas de complejidad bibliográfica del que nos ocupa.

Lo que nosotros pretendemos, únicamente, es terciar en el viejo pleito de las almas y el alma, para acelerar en lo que podamos el definitivo sepelio de añosa solución de "los contrastes", o "las almas". Tendemos también a desterrar el que la búsqueda de la coherencia entre doctrinas y vida en Quevedo tenga por objeto exclusivo la exaltación de su honradez en caso de que prevalezca la armonía entre las unas y la otra, o la execración moral si la disociación de predicación y conducta aboca a la conclusión de la hipocresía.

Pretendemos únicamente descubrir un rasgo básico en Quevedo, respondernos a la cuestión de si era o no absolutamente fiel a sus ideas, o al menos a su idea central. Si la respuesta es favorable, aunque sólo pudiéramos hablar de fidelidad a una sola idea, habríamos descubierto una posibilidad de estudiar, de modo seguro, el alma de Quevedo, de asistir, sin temor al fraude y a las segundas o terceras, imprevisibles, intenciones, a los movimientos de su espíritu. En una palabra podremos, primariamente, conocer al Quevedo más auténtico, menos obligado al disimulo, a la postura teatral bajo la presión de la atención ajena. El corolario moral vendría tan sólo con posterioridad al descubrimiento y al examen. Esperamos que esta canalización del interés crítico hacia el alma de Quevedo, hacia la zona más claramente examinable de dicha alma, pueda acabar con alguno de los actuales motivos de dispersión en su enjuiciamiento, y que, quizás, pueda servir de sustento a algún lector —no pretendemos, ni mucho menos, que sirva a un crítico— que, extraviado en el vasto mar de las contradicciones, acabe resignándose con la aceptación de las almas, y dé por inexistente o inencontrable ese alma, una, poderoso paredón granítico, que confiere a Quevedo un lugar de honor entre los insobornables servidores de la gran “Idea” de España en el ocaso de los últimos Austrias.

2) *QUEVEDO MORALISTA DE SU EPOCA.---LA NUEVA OPTICA ARTISTICA, AL SERVICIO DE UNA RENOVACION ETICA*

Partamos de la base de que nuestro autor es fundamentalmente un moralista, un predicador religioso y, sobre todo, cívico. Y no porque ese haya resultado ser, andando el tiempo, el rasgo personal suyo que haya persistido con más nitidez y fuerza, haciendo olvidar los demás; que tal vez no lo sea. Quizás haya prevalecido el rasgo festivo, cínico, burlón sin finalidad moralizadora alguna, la fustigación por sí misma. Si creemos que hay que partir de la faceta de Quevedo como moralista, es únicamente porque sólo a partir de ella llegaremos a nuestra meta, de descubrir, tras muchas exclusiones, un comportamiento homogéneo, sin altibajos, y una ideología conexas y respetada sin excepciones.

Quevedo no nos oculta la intención moralizadora de sus trabajos. Constituye una auténtica obsesión para él advertirlo. Es también frecuente que Quevedo en las obras en prosa no específicamente ascéticas o filosóficas, recurra al tópico, viejo ya antes del Arcipreste de Hita, como advirtió Spitzer, de incitar al lector a prescindir de la envoltura de trivialidad festiva para quedarse con la médula moralizadora. Y resultan incontables las ocasiones en que Quevedo se queja con elocuente, no sabríamos si decir sincera, amargura de que lo que predica su pluma lo desautoriza su vida.

Esta voluntad moralizadora la recogieron sin duda alguna sus contemporáneos, y del acierto y la ortodoxia con que Quevedo la llevó a cabo son pruebas aún más evidentes que la inmunidad, extraordinaria en la época, con que pasaron ante la Inquisición escritos y autor, los triviales, conceptuosos, y rebuscados puntos de controversia de que se vieron obligados a echar mano sus enemigos a la hora de combatirle (1). De su

---

(1) Es conveniente advertir de vez en cuando que el famoso «Tribunal de la Justa Venganza», no es ni mucho menos la pavorosa invectiva que muchos han pintado. Un solo soneto de Góngora, una copla de Alarcón, resultó más dañina para Quevedo que todo el enojoso memorial en cuestión, cuyas objeciones aparecen tan rebuscadas que resultan ociosas, y tan estúpidamente interpretan los textos quevedescos que contribuyen más a resaltar la aristocracia intelectual de nuestro autor entre el coro de tan mediocres adversarios. No podemos resistirnos a reproducir un ejemplo de torpe retorsión de una idea inocua de Quevedo: «Cargo 13». «Pónesele cargo de haber dicho en fol. 59 que un

pariente y más fervoroso que atinado editor, Pedro de Alderete, son las siguientes palabras de la Dedicatoria de las "Tres últimas musas" a Don Pascual de Aragón:

«Todas las obras de Don Francisco de Quevedo, mi tío, así en verso como en prosa, sacras, serias y burlescas, se dirigen a la re-formación de costumbres, y contienen alta enseñanza». (2).

Quevedo siente poderosamente esta misión, se siente pueblo a pesar de su cultura —como ha señalado Edward H. Wilson (3), siguiendo a Dámaso Alonso— y cree que puede actuar sobre la dormida conciencia de sus contemporáneos, confía en sus fuerzas mientras que es joven, cuando a cada revés contesta con un insulto. Sólo en el declive de la madurez cesa la lucha, cuando en Quevedo sobreviene la certidumbre de lo que antes había sido, cuando mucho, para él, una atormentada sospecha, el hecho de su impotencia, del aislamiento de su voz, de ser quizás el más representativo de aquellos "écrivains généreux, mais isolés et hésitants", que Merimée describía revueltos en angustiada protesta contra un yugo centenario.

La machacona insistencia de Quevedo en estos puntos de moralización, la concomitancia de las burlas al pecado y a los pecadores y de la sesuda reflexión doctrinal, no aparece en Quevedo como en tantos otros casos desde el Arcipreste de Hita a "La Celestina" y el "Guzmán", ensombrecida por la duda de la hipocresía, del servirse del sermón para recrearse en la narración de lo festivo y lo pecaminoso y no a la inversa. Quevedo supo en vida y obra gustar del vicio hasta sus fondos con tan cínico descaro, que nadie duda de su sinceridad cuando confiesa un pro-

---

pícaro (no declarando si era él o otro) se vestía la camisa de doce veces, dividida en doce trapos (ahora sí que se nombró, porque siempre fue tan sumamente paupérrimo), y que decía una oración a cada uno, como sacerdote que se viste.

Por cierto (dijo el religioso) que esa alusión descompuesta y desvergonzada la de un pícaro y sus andrajos, un sacerdote y vestiduras sagradas dedicadas para tan alto fin, con la misteriosa significación de cada uno, y que por ser trece las cosas establecidas (además del sacerdote) para decir misa, que son: amito, alba, cíngulo, estola, manipulo, casulla, ara, corporales, cruz, cáliz y patena, que siempre andan juntos, vino y agua...» —en este tono se sigue y concluyen— «Y así, tengo por imposible que este atrevimiento lo haya cometido otro; pero como este hombre está con todas sus acciones provocando la justicia de Dios, atesora ira para el día de su perdición, que tan olvidado lo tiene o tan sin temor lo aguarda». Op. cit. pág. 117.

(2) *Ibíd.*, pág. 939.

(3) «He appears —dice hablando de la literatura de cordel en la que Quevedo hizo tan frecuentes apariciones— there as a less profound poet than he really was. Nevertheless the fact that works like those we have described were accessible to the most humble class of readers and, by recitation, to the illiterate, adds to his stature as a great writer. He was not just an important intellectual figure». Cfr. Edward H. Wilson, «Quevedo for the masses». *Atlante*. Vol. 3 n. 4. October, 1959, pág. 17.

pósito puramente moralizador. Y además es que la idea de la reforma moral de España, la gran idea de Quevedo, que desmenuzaremos en todas sus consecuencias, la dictaba algo más que un altruismo metafísico o el fervor trascendente. Si tan sólo fuera esto, nosotros —convencidos de la ortodoxia de Quevedo— dudaríamos, sin embargo, de su interés en la moralización.

La reforma moral, por extraño que hoy nos pueda parecer, tiene en nuestro autor un móvil totalmente humano, político, el más sublime de los móviles terrestres. Por razones que no sería este el momento de examinar, Quevedo creía firmemente en que la salvación de España, su reconstrucción, no podría venir sino de una reconstrucción de la moral individual. Lo concreto, lo vivo de un móvil así, hermano de la inquietud casi atormentada de la vida y el arte de Quevedo, no nos hace dudar ni por un momento de la última tendencia activa, moralizadora, de las sátiras y disparates de Quevedo. Aun de aquellos disparates en que la perfección de su arte, fascinante en su propio pormenor, y la endiablada técnica cinceladora, hirientemente reiterativa, del repiqueteo de insultos en figuras absurdas, nos los presentan a primera vista como magistrales obras con fin en sí mismas, en su propia herida, en el regusto del autor en la contemplación de la mueca dolorida del lector contemporáneo que se ve descuartizado y quemado en contrahecha efigie, en el Infierno particular de Quevedo. Por todo esto no nos cuesta hoy trabajo asentir sin retórica a las tradicionales proclamaciones de Quevedo como solitaria voz de la Patria adormecida, lo único que quizás habría que corregir hoy sería el énfasis con que se sobrecarga el poder efectivo de dicha voz en su época, habría que apuntar quizás más a la tragedia del escritor que no se sabe suficiente o adecuadamente escuchado (4).

Y abundando, para terminar, en la idea de la sinceridad de este rasgo central de la obra quevedesca, su carácter moralizador, destaquemos —lo examinaremos más adelante— que en abono de esta sinceridad los pecados más gravemente sancionados por Quevedo no son los de la carne, del egoísmo, de la caridad, sino aquellos en que la inmoralidad, la avaricia individualista, la obstinación culpable, desembocan en cobardías, peculados, y pertinaces errores nocivos a la “res pública”, al gran amor de Quevedo, a su España.

---

(4) Típica y acertada formulación con indiscutible vigencia es la que sigue: «En medio de aquella sociedad corrompida hasta la médula, surge un hombre, que señala sus vicios y los combate; que describe sus flaquezas y les ofrece el remedio; que se erige en paladín de la moral cristiana cuando todos hacían caso omiso de sus preceptos más elementales, y este hombre es Quevedo. No analicemos si tenía o no la autenticidad necesaria para erigirse en censor de sus contemporáneos. Limitémonos al hecho, indudable de que lo fue». Cfr., Judderías, «Quevedo...». Op. cit., pág. 158.

Lo que puede, no obstante, producir el enmascaramiento más afectivo de la pertinaz intención de Quevedo es, como ya advertíamos, la perfección artística misma de las criaturas quevedescas. Tanta donosura se desprende de las jácaras de busconas y jaques, tanta de los avarientos, taberneros, sastres, tanta de la descompuesta y atropellada entrada magistral en escena de esos bodegones informes con aliento vital prestado, pirámides de sobrepuestos y disparatados cachivaches, que nos parece imposible que todavía pueda haber algo más en el ánimo del genial creador, que aquel mundo polvoriento y en genial e inigualado desorden.

Mas precisamente aquí estriba la genialidad de nuestro autor; en que bajo la técnica de naturalezas muertas, que a tantos llevó a una mecánica y aburrida aplicación de las barrocas "artes magnas" de la acumulación retórica (5), en Quevedo hay siempre un segundo de aliento genial que anima el cuadro con algo que no se contiene en los estrictos límites de lo mecánico, de lo sabido, del oficio. Bajo la carcajada la tragedia, la tensión entre la creencia en el poder moralizador del arte y el afilado estilete de los súbitos momentos de decepción. Tal es la razón última de la preeminencia artística de Quevedo sobre los simples cumplidores de una mera técnica de composición.

Quevedo contó, en este sentido, con el perfecto dominio de las técnicas artísticas que apuntan hacia una óptica deformada del mundo para producir los más "maravillosos" efectos. Contemporáneo al descubrimiento de nuevos rumbos en la tierra y los océanos, el arte barroco busca también continuamente el descubrimiento de una nueva verdad, de una nueva cara del mundo. El concepto, pieza clave en este arte, sirve al artista para poder contrastar las parcelas de la realidad más distantes e inconciliables. La finalidad propagandista del barroco, revitalizadora de la sensibilidad cristiana en aquietada somnolencia ante la reforma protestante, hoy aparece en general fuera ya de cualquier duda. La finalidad propagandista, revitalizadora de la sensibilidad patriótica del arte de Quevedo, caricatural, voluntariamente deformado, nos parece a nosotros igualmente incontrovertible.

Tomado al azar cualquier figura de las que pueblan "El Buscón", "Los Sueños" o las poesías satírico-festivas, se percibe, indefectiblemente, la burla y la llamada a la enmendación fundidas con el acierto unitario más genial que jamás se ha dado en semejante técnica. Alguna vez Quevedo nos descubre la clave de sus criaturas y, deteniéndose, privándolas de su

---

(5) El Barroco degradado, falto de este aliento profundo trágico, quedaba convertido en una perfectísima retórica, en una consecuencia mecánica de la aplicación de reglas conceptuosas, cuya mejor expresión es la de «Il Canocchiale Aristotelico», en E. Tesauro en Italia.

propio aliento, las deja reducidas a su más barroca verdad, a la incongruencia entre retazos dispares inanimados, sin cemento.

En el soneto del "Desengaño de la exterior apariencia con el examen interior y verdadero", tenemos un ejemplo de esta visión desordenada de una criatura viva, auténtico bazar andante, muestrario sin alma:

«¿Miras este gigante corpulento,  
que con soberbia y gravedad camina?  
Pues por de dentro es trapos y fajina.  
Y un gagapán le sirve de cimientto.  
Con su alma vive y tiene movimiento,  
y adonde quiere su grandeza inclina;  
mas quien su aspecto rígido examina  
desprecia su figura y su ornamento.  
Tales son las grandezas aparentes  
de la vana ilusión de los tiranos:  
fantásticas escorias eminentes.  
¿Verlos arder en púrpura y sus manos  
en diamantes y piedras diferentes?  
Pues asco dentro son, tierra y gusanos. (6).

Una nueva óptica, pues, al servicio de una búsqueda de la trascendencia moral y política perdida. A este arte, descubridor de nuevos horizontes, desvelador implacable del consuetudinario "engaño a los ojos", confirió la inquietud reformadora, en apremiante dinámica, de Quevedo su mayor dignidad, al llevarlo al límite mismo de sus posibilidades expresivas.

---

(6) Cfr. Quevedo, «Obras» (verso), cit. pág. 408.

### 3) ESPAÑA. EL GRAN MOVIL DE QUEVEDO

Se ha destacado con frecuencia el rasgo práctico de toda la obra quevedesca, si no se quiere forzar el término quedémonos en señalar la necesidad de asentar su doctrina teórica sobre un sustrato vivo, palpitante. Como afirmaba Pérez Clotet:

«Quevedo no gusta de teorizar sobre abstracciones: sigue la guía de una finalidad práctica. La política no es sino la moral aplicada al Estado, a la sociedad». (7).

Este hablar “del hombre, no de conceptos jurídicos ni políticos”, base de la actualidad del lenguaje artístico de Quevedo es, a no dudarlo, una de las notas más sobresalientes de su personalidad literaria, que no debe pasar desapercibida a quienes pretenden adentrarse en su perfil psicológico.

Por eso cuando Quevedo teoriza sobre el amor, sobre la sociedad —sin el asidero concreto de una sociedad articulada en grupos nacionales delimitados— cuando habla de religión —como no sea para crear modelos trascendentales de sociedades terrenas— su estilo desmaya, se afloja la tensión de su alma, le vemos zozobrar en sospechas de sinceridad, le advertimos naufrago del entusiasmo. Esta necesidad de dotar a su doctrina de vitalidad, de calor de problema humano, cuanto más próximo mejor, es —en opinión nuestra— una consecuencia directísima del credo ético-filosófico al que siempre se mantuvo fiel, el estoicismo.

Aristóteles y Platón, bien conocidos del humanista —respetando todas las limitaciones denunciadas en los concienzudos y filosóficos estudios de N. González de la Calle, no le llamamos gran humanista— no fueron, por lo que tienen de menor especialización en materia de conducta ética humana, los entrañables modelos de Quevedo, que fueron, sin embargo, Séneca y Epícteto.

Si hablaba de conductas, Quevedo no podía olvidar la cara de sus vecinos, de sus gobernantes, de las agitadas, cambiantes, muchedumbres

(7) Cfr. P. Pérez Clotet. «La política de Dios de Quevedo. Su contenido ético-jurídico», op. cit. pág. 15.

de la Plaza Mayor. Quevedo no se encerraba en su gabinete a soñar con el hombre; para hablar de él salía a la calle, se metía en los corrales, en las estancias de palacio, en las alcobas de las niñas-viejas, entre los frascos de perfumes y los tarros de afeites. No hablaba de la sociedad, sino de españoles, de holandeses, de italianos; quizás, por eso no amaba al hombre, sino al español (8), en quien creía estaba la salvación de la cuna y sepultura común: "The great body of Quevedo's works —ha dicho R. Selden Rose—, then was inspired by patriotism. He gave his life to a program of reform... Every one of his works furnishes testimony to his courage in the face of persecution and indifference" (9).

Esa creencia en que la obra de reanimación de la grandeza española era una tarea común, basada en la reconstrucción moral de las conciencias, es quizás la única de sus convicciones inamovibles que tiene carácter operativo, decisivo, en la determinación de la vida e ideario de Quevedo. El mismo pecaba contra la ley divina y, por amor de Dios, sentía la mordedura de la conciencia; se confesaba valerosa y públicamente —a esto muchos le llamaban cinismo— y, lejos de sentirse amparado por los mismos pecados de sus contemporáneos, los atacaba y describía en la grotesca deformidad con que percibía su retina barroca los pecados y los pecadores. Pero lo que nos aparece cada día más indudable y diáfano es lo immaculado de la conciencia patriótica de Quevedo, que ni se toleró, ni sufrió en los demás el desaliento y la traición. Por eso las transgresiones que más le duelen a Quevedo son los pecados contra España, el primero la traición, el fraude público; después todo el cortejo de vicios personales, ignorancia, vanidad, pereza, charlatanería, etc... etc..., en una palabra, todos los que determinan mediatamente el desprestigio del país.

Indiscutiblemente tal es la razón, por la que Quevedo no se burló jamás de dos figuras, objeto tan frecuente la sátira de la época, los pobres y los soldados (10), víctimas unos y otros de la mala política española. Sangre y dineros de España, no siempre para defender las razones de una política, que hoy —a la luz de una experiencia histórica inexigible a un hombre del siglo XVII— puede parecer equivocada a muchos, pero

(8) Recuérdese que una de las más firmes constantes de Quevedo es su xenofobia en ocasiones casi infantil. Uno de los análisis más finos que sobre este sentimiento quevedesco se han realizado es el de E. Alarcos García, en «El dinero en las almas de Quevedo». Valladolid, 1942. Págs. 67 y sgs.

(9) Cfr. Róbert Selden Rose. «The patriotism of Quevedo», en *The Modern Language Journal*. January, 1925. IX. 4, pág. 235.

(10) Cfr. E. Merimée: «Essai...», cit: «Chose digne de remarque: dans cette foule que le satirique poursuit de ses traits, il n'y a que deux classes qui soient épargnées: les pauvres et les soldats. Ce trait ne peint— il pas bien ce peuple vaillants et généreux, où les héros étaient aussi communs que les mendiants? pág. 207.

que en su época era la bandera a que se inclinaban los sacrificios de un país desangrado. Sangre y dineros de España, para engrosar las arcas de poderosos y parásitos y para pagar por la incompetencia de generales y políticos (11).

La intransigencia de Quevedo para con los pecados contra España procede, lo repetimos, de que nunca los cometió. Ya hace años que se había llamado la atención en este punto y nosotros queremos hoy recordarlo, para no pecar de ingratitud:

«Las violentas diatribas que el moralista satírico lanzó a diestro y siniestro contra los que malbarataban o dilapidaban la herencia espiritual de Felipe II no son vociferaciones de demagogo resentido, como lo han supuesto comentaristas indoctos, sino patrióticas vehemencias de integrista acongojado. Cuandoquiera que panegiriza Quevedo las virtudes de la moral privada, procura emplear tono comedido porque se sabe pecador y aun lo confiesa paladinamente; pero cuando propugna la moral cívica, no tiene reparo en hablar serio porque se conoce irreprochable en la práctica de ella y porque busca su inspiración en Séneca y Epícteto». (12).

Nosotros, hoy, queremos solamente recordar, a los que afirman que la característica psicológica del indiscutiblemente genial artista, Quevedo, consiste en la versatilidad, en la hipocresía, en las contradicciones de sus almas, que hay, realmente, una vía segura de entrar en el alma, la única alma de Quevedo, sin tener que luchar jamás con contradicción alguna.

---

(11) No creemos necesario hacer aquí antología de los textos quevedescos dedicados a los pecados de los ministros del reino rapaces e incompetentes. Recordemos sin embargo las advertencias continuas de Quevedo a quienes «quieren gobernar el mundo y viven sin gobierno»:

*"Vives mal presumidas y ambiciosas  
horas, inútil número del suelo  
atento à sus quimeras engañosas;  
pues, ocupado en su mortal desvelo,  
a tí no quieres enmendarte, y osas  
enmendar en el mundo, tierra y cielo".*

Y su a la vez cariñosa y entristecida advertencia a la patria, en otro tiempo poderosa:

*«Y es más fácil ¡oh España! en muchos casos  
que lo que a todos les quitaste sola  
te puedan a tí sola quitar todos»* (Cfr. Obras verso, pág. 419)

(12) Cfr. Maura, «Conferencias sobre Quevedo», cit. pág. 188.

## 4) SATIRA DE LOS DEMAS Y SATIRA DE SI MISMO

Le quedan al lector de Quevedo sobre todo, grabadas con la fuerza de las obras magistrales, las duras sátiras, como nivel del grado de violencia alcanzable en la condenación de los defectos humanos. La ironía y la intención en la elección de pormenores y actitudes, la crueldad en las reiteraciones machaconas, y el concepto, ágil cuchillo develador de los secretos más escondidos en el seno del hombre, se asocian para crear escenas y figuras satíricas inolvidables.

Pero lo que le suele pasar por alto al lector es el verdadero objeto de la sátira. Algunos de los más atentos, al plantearse la cuestión, han respondido en distintos sentidos. Para unos Quevedo ataca sólo arquetipos, peleles sin posible existencia real, para otros llega más allá que nadie en el conocimiento y el castigo de las culpas de seres singulares. Y en la zona de indeterminación de sujeto paciente que fuerza la tercera persona en la sátira de Quevedo, no se sabe cómo encajar las tantas veces repetidas autoacusaciones del autor. Es decir, no sabemos si en la humanidad condenada engloba también, esclavo de los mismos vicios, a don Francisco Gómez de Quevedo; o si, por el contrario, el conocimiento de su propia exclusión del desfile de condenados presta a su sátira el despiadado veneno que derrama por doquier.

Si Quevedo no se hubiera incluido a sí mismo entre los condenados por fornicarios, por soberbios, quizás —lo aceptamos por no entrar en discusiones que a estas alturas juzgamos inoportunas— por avaros, por irreverentes, por desleales amigos, se le podría tildar —en algunos casos totalmente y en otros con distinguos— de hipócrita redomado. Como le ocurrió con sus detractores, en vida, que no vieron en Quevedo más que un enemigo de sus semejantes, un ser lleno de vicios en quien se cumplía la sanción evangélica, de no ver la viga en el ojo propio:

«Don Francisco de Quevedo ha excedido —son nuevamente palabras de sus enemigos del Tribunal de la Justa Venganza— a cuantos detractores se hallan infamados en las historias, porque si aquéllos se atrevieron a todo el género humano sin respetar dignidad o nobleza, él, además de no respetarla, ha hecho lo mismo de lo santo y lo sagrado». (13).

---

(13) Cfr. Francisco de Quevedo. «Obras» (verso), cit. pág. 1.113.

Pero lo que sucede es que este aborrecedor del prójimo, como le denominaban algunas páginas más adelante sus enemigos del Tribunal, se incluía a sí mismo en ese desfile de los condenados y, en algunos casos, al hacer la crítica de ciertos defectos, hacía la crítica de sí mismo (14). Sin embargo estas confesiones, a las que ya hemos aludido y volveremos a aludir, no llaman quizás tanto la atención como las de Lope, aunque no desmerezcan de ellas en punto a dramatismo. Lo que sucede es que la autoacusación en Lope y en Quevedo presenta —aparte el hecho de que en Quevedo sea tal vez menos frecuente— un matiz diferenciador digno de ser destacado.

La agonía de Lope de Vega procede esencialmente de un conflicto entre amor divino y amor humano; entre el pecador y el penitente no hay lugar para otra faceta de equivalente talla. En Quevedo no ocurre así realmente. Decimos realmente, porque la ortodoxia del buen cristiano Quevedo no da lugar a decir otra cosa; en teoría, en una teoría en la que Quevedo se empeñó en creer de buena fe durante toda su vida, las tragedias de Lope y de Quevedo fueron de la misma naturaleza. Pero en la realidad, en la práctica que dictamina inexorable el desenvolvimiento fatal de cada alma, ocurre que en el caso de Quevedo, entre el pecador y el penitente, se incluye una tercera faceta de su ser, de dimensiones similares, si no superiores, a las otras dos, el patriota.

---

(14) Raimundo Lida ha destacado con galanura este rasgo de la autoacusación de Quevedo, encauzándola en su estudio en el sentido de la vuelta contra sí mismo: «Pues, si antes de preguntarnos qué es Quevedo para nosotros, nos preguntamos qué fue Quevedo para sí mismo, una imagen nos sale al paso, violenta entre todas: la de Quevedo vuelto contra sí», en «Letras hispánicas». Fondo de cultura económica. México, 1958. Pág. 119.

## 5) LA CLAVE SATIRICA DE QUEVEDO. CINISMO O REFORMA

Si Quevedo no fue un hipócrita, pues confesó sus vicios, cabe preguntarse: ¿De dónde extrae la fuerza moral necesaria para desencadenar su sátira? Y por otra parte, ¿no hay algo en la sátira de Quevedo, que nos habla de un distanciamiento efectivo en la consideración de su autor entre su propio ser y las criaturas de sus fantasías burlescas?

Cuando un escritor satírico comparte los vicios que satiriza, se percibe en su obra invariablemente una de estas dos actitudes, la contricción, o el cinismo. El pecador que se confiesa al unísono de la sociedad que le correspondió compartir adopta el primer tono, desde Pedro López de Ayala hasta Lope de Vega.

El escritor que se burla de los vicios de sus conciudadanos, que goza quizás con más ingenio, y los refleja en sus obras, afecta un tono de irreflexiva liviandad, alejado de toda consideración trascendente, cual es la llama satírica encendida por Boccaccio y cultivada por el comediógrafo Maquiavelo; cuando no, burlándose expresamente de toda dogmática moral, vive de espaldas a sus propios vicios, no viendo en los ajenos la deformidad moral, sino la ocasión del medro propio, como Marcial o Aretino.

De los escritores constrictos y de las almas inmaculadas nace, al aplicar su propio horror al vicio a las culpas de sus semejantes, la sátira reformadora, constructiva. De los escritores a los que el vicio no causa especial horror, sino que les sirve como plataforma a sus ejercicios de ingenio, o como medio de acción pública, nace la sátira cínica.

En Quevedo se ha destacado casi unánimemente el tono reformador de su obra. Aun recordando todas sus culpas, y no sería la menor entre ellas la de su inflexibilidad para las flaquezas propias de la condición humana, Emilio Carilla nos presenta como la característica esencial de nuestro autor, su actitud de perpetua denuncia de lo más sucio y doloroso:

«No asomó —nos dice— a su pluma, sino raramente la comprensión e indulgencia por las flaquezas del hombre, de ese hombre que llena sus obras. Dejó para otros el canto del optimismo, de lo bueno que perdura en los pueblos en los momentos de crisis, y se dio a la tarea de remover escombros, de desenmascarar hipócritas, de supurar las heridas». (15).

(15) Cfr. E. Carilla. «Quevedo entre dos centenarios». Tucumán. Universidad, 1948, págs. 188-9.

Más concretamente, R. Selden Rose se ha referido al carácter reformador de la sátira de Quevedo diciendo: "The purpose of his ridicule was correction, not perpetuation" (16).

Quevedo no fue un cínico. Apelamos, como siempre, a lo único válido en nuestra opinión a la hora de hacer este tipo de afirmaciones, a nuestra experiencia de lectores de Quevedo, más devota que dilatada; e instamos a hacer otro tanto a quien se vea asaltado por este problema. Pudo ser un iluso mientras mantuvo una confianza, quizás desproporcionada, en su poder de corrección social; fue seguro un decepcionado cada vez que vio por tierra semejante ilusión, pero no fue un cínico. Lo estorbaba su dolorido sentir, el sincero dolor con que habla de desautorización de su discurso por el escándalo de sus acciones, y en grado infinitamente superior, ya que en esto no tuvo ni de qué acusarse, lo estorbaba el que hubo una parcela muy amplia de su conciencia, la que él reputó más importante, en la que se sentía adornado con la candidez más absoluta de su alma. La del sentimiento patriótico como venimos diciendo, fue aquella en la que quiso Quevedo asentar los fundamentos de convicción necesarios para montar su sátira constructiva, animada por sueños de reforma.

Imaginamos a nuestro autor reconcentrándose en ella, y no sólo buscando la retracción, el refugio, la cautela, tras de cada impulso hacia afuera de su ser, como, plásticamente, ha representado Spitzer a nuestro escritor (17) a través de la estructura de sus frases, sino buscando en esa zona la paz de su alma, la fuerza para la denuncia, la cólera para la herida, la suprema decisión para llegar al último golpe de gracia, al tiempo que traza serenos y esperanzados planes de reforma estatal; para él sátira y planificación eran dos etapas en el mismo proceso (18).

Conviene, sin embargo, antes de acabar la consideración de este punto, salir al paso de las numerosas exageraciones, de los despistes históricos, en que han caído la mayor parte de quienes, como nosotros, han destacado el rasgo reformador en la obra de Quevedo.

Pecan todos ellos de caer en la ingenua trampa en que les coloca la perspectiva histórica. Engañados por las colosales dimensiones con que aparece hoy Quevedo a quien estudia su época, como símbolo o como contraste, pretenden agigantar del mismo modo el poder y la significación de

(16) Cfr. R. Selden Rose. «The Patriotism of Quevedo», cit. pág. 229.

(17) Cfr. Leo Spitzer. «Zur Kunst Quevedos in seinem Buscon». Arch. Romanicum XI. 1927, págs. 511 y sgs.

(18) Cfr. R. Selden Rose. «The patriotism of Quevedo», cit. señala estas ideas: «This passion for reform has two constantly alternating phases which manifest themselves in destructive satire of society and in the formulation of a constructive program of reform for the State, the Church and society in general... These two phases correspond exactly to two sides of his nature, the vituperator and the philosopher», pág. 228.

Quevedo en la España que le tocó vivir. Más adelante nos extenderemos en trazar la dimensión real del "bellaco" Quevedo en la sociedad de su época, y el verdadero concepto que de su persona y poder tuvieron amigos y enemigos.

Por ahora, aun cuando hemos afirmado su condición de insobornable reconstructor político como esencia de su ser, limitémonos a prevenir contra las inexactitudes en que, por exceso, se puede incurrir. Veamos un caso, el de uno de los mejores críticos de la figura humana de Quevedo, que quizás por eso mismo, se aventura en intuiciones demasiado largas:

«En rigor —dice Antonio Espina— lo que no se le perdonaba era su rebelión: la «autenticidad» de su espíritu rebelde; su actitud de desafío a la sociedad entera... Quevedo había traspasado todos los límites: «Del rey abajo ninguno» se había librado de sus críticas y sus flagelaciones... la misma distancia que existía entre el Quevedo maquiavélico de 1617, flexible, complaciente y obsequioso con el rey y sus ministros, y el Quevedo rígido de 1639, el del «Memorial», el que resolvió una de las muchas contradicciones de su vida y de su conducta con el peor de los estilos: «la sinceridad» (19).

Por esta vía de la exageración del poder del escritor en el seno de su sociedad, es por la que se ha llegado a inventar y a admitir de buena fe, tantos embustes tradicionales sobre el carácter sublime y heroico de Quevedo. Rasgos novelescos que, por otra parte, no vienen a añadir ninguna nota favorable en un enjuiciamiento moderno; antes bien a enturbiar, como en el caso de su patriotismo y de su inteligente concepción de la verdad y la acción política, el valor de sus virtudes reales. El querer cooperar con el genio para engrandecerle es, en todo caso, jugarle una mala pasada.

---

(19) Cp. A. Espina. «Quevedo», op cit. págs. 153-154. Ciertamente, certísimo para nosotros, a más de tres siglos de distancia, que, como pretende Alfonso Reyes: «Entre el torbellino de la corte su entereza resalta más que si hubiera sido un solitario» (cfr. «Cuatro ingenios», Espasa-Calpe. Madrid, 1950, pág. 80). Lo que no nos parece tan justo es sustituir el presente «resalta» por el pretérito «resaltaba», como se ha hecho con demasiada frecuencia.

## 6) PROBLEMAS DE LA INDULGENCIA CONSIGO MISMO

Antes de ocuparnos de las articulaciones que presentan el alma de Quevedo y la cuestión de España, queremos dejar esclarecida una cuestión, realmente importante para sustentar esta premisa que hemos venido reiterando sobre el carácter fundamentalmente reformador de la actitud satírico-burlesca de Quevedo, en perfecta armonía con los indiscutibles reformadores de sus tratados serios.

Admitido el carácter reformador de la obra de Quevedo con base en sus fervientes propósitos de reconstrucción patriótica, queda al menos un punto oscuro todavía en la negación por parte nuestra del cinismo de Quevedo; el cual puede denunciar, ridiculizar y reprender a sus compatriotas por sus vicios sin incurrir en el cinismo, porque, al no hacerlo en nombre de la Ciudad de Dios sino de la terrena y circunstanciada patria hispana, los peores pecados, los pecados contra España, desaliento, fraude y traición, él no los cometió jamás.

Sin embargo —y en ocasiones como esta somos más conscientes que nunca de la limitación obligatoria de nuestra tesis y de nuestro método de búsqueda y definición psicológica, fundamentalmente quintaesencista— es cierto también y no debemos olvidarlo, que las virtudes patrióticas, de cuya reimplantación ha de seguirse la bienandanza de España, descansan para Quevedo en todo momento sobre las virtudes cristianas. Porque si el ideal que “encontró”, fue el de la patria terrena, el ideal supremo, quizás por ello menos activo, el más respetado, el incuestionadamente acatado, el que “aprendió”, fue el de la patria sobrenatural, y a este ideal mantuvo el escritor una fidelidad inalterable durante toda su vida.

Pero si la mente de Quevedo no le puso jamás en peligro de extrañarse hacia la patria sobrenatural, la carne le puso muchas veces, quién sabe si demasiadas, en la senda contraria. Y por ello es preciso entrar en la discusión, ya avizorada en algún punto de este trabajo, del desajuste creado entre mente e instinto, para volver a rescatar la buena fe de la moralización de Quevedo y librarla, una vez más, de la acusación de cinismo.

La mayor extrañeza la producen confesiones de Quevedo como las

que figuran en una conocida carta a don Manuel Serrano del Castillo en la que se propone tratar puntos de la doctrina estoica:

«Doctrina es ésta —empieza, refiriéndose a la cuestión propuesta— más para enseñármela a mí que para preguntármela. Yo, Señor, por malo, no lo sé obrar, por ignorante no lo sé decir. Esta cuestión tiene autoridad resuelta por quien la obra, no por quien solamente la estudia y la parla... Ya que no me puedo valer para el acierto de la perfección de la vida, que inculpable en los buenos hace hermosa la muerte, me valdré de las miserias que en los distraídos y delincuentes hace aborrecible la vida.»

Hasta aquí el arranque de esta magistral carta, en la que más vivo aún que el dolor de la perdida juventud y el vigor gastado, resplandece el de la moral y el crédito malbaratados. Veámos cómo concluye:

«Murió Cristo Nuestro Señor, Dios y hombre verdadero (que vino a dar salud al mundo), de treinta y tres años, y ¿me quejaré yo de morir de cincuenta, que todos ellos han sido enfermedad y escándalo del mundo? ¡A cuántas travesuras de niño (20) debo la vida! ¡A cuántas locuras de muchacho, a cuántos delitos de mancebo! ¡A cuántas desdichas de hombre! No las puedo contar por infinitas, y las puedo asegurar por ciertas» (21).

¿Cómo pues —podemos preguntarnos— exculpar a Quevedo de cinismo cuando él mismo acepta el ser partícipe de muchos de los vicios que condena en su sátira? Para algunos, la simple confesión sincera basta para la exculpación; para nosotros nos basta también que, dada su finalidad, a la sátira de Quevedo le sobraba para ser consecuente con la conducta de su autor, con que éste no transgrediera jamás los fundamentales imperativos de la fidelidad, el amor, y la gestión leal a España. Pero, al igual que en los próximos apartados de este trabajo profundizaremos en algunos aspectos concretos respecto a la lealtad y al amor de Quevedo hacia España, creemos que debemos prestar atención por última vez a la licitud de la indulgencia que Quevedo se autoaplica como base para desterrar la acusación de cinismo a su sátira moral.

Es este el fondo que, en definitiva, importaba a quienes han discutido sobre la moralidad o amoralidad de Quevedo.

---

(20) Muchos años antes de escribir esta carta ya se acusaba Quevedo de disipación de su vida en la Dedicatoria de la colección de sus poesías burlescas, para cuyo título, por cierto, «Juguetes de la niñez y travesuras del ingenio», empleó casi las mismas palabras que en esta carta. Quevedo tenía idea clara de la sanción que correspondía a sus extravíos.

(21) Cfr. F. Quevedo. «Obras» (prosa), cit., págs. 1.780 y 1.784.

El núcleo fundamental del que partieron la mayor parte de las acusaciones de sus contemporáneos y del propio Quevedo, es, a no dudarlo, el pecado de la carne. Sus travesuras con la espada contra el prójimo no fueron, en ningún caso que sepamos con certeza, demasiado graves. Sus travesuras de pluma, su crueldad de siempre, cuando no sea puro chiste, estamos seguros que las merecían los desordenados súbditos de los dos Felipes, y que las devolvieron a Quevedo con creces, con plumas y lenguas. Su glotonería y su avaricia, jamás aceptadas por Quevedo, son defectos de márgenes inciertos, y quizás no lejanos del simple buen paladar, y del amor a preservar lo propio del embate de busconas. Su insolidaridad con los semejantes, su falta de amor al prójimo, aparte del aviso en contra que suponen sus muchos y entusiastas amigos y admiradores, tiene la contrapartida de las expresas declaraciones estoico-cristianas de Quevedo, de las evidentes deformaciones del hombre de la época y de que el egoísmo y la miopía social no son los defectos más fáciles de desarraigar para ningún hombre en la época que fuere. La castidad es pues, la única virtud que no poseyó ni en grado mínimo Quevedo, quien está dispuesto a reconocerlo tantas cuantas veces se le recuerde. En todas las demás virtudes, Quevedo estaba convencido —no obsta a nuestro actual razonamiento si con razón o sin ella— de tener ese mínimo de autenticidad necesario para poder ser, sin cinismo, indulgente consigo mismo antes de ser severo con todos.

La verdad, sin embargo, es que ni en opinión de sus peores enemigos la castidad era virtud que, al faltar en el hombre, le impidiera ser perfectamente digno aún de las más excelsas acciones sobre la tierra. A Más, quien por la relación de este pecado con la mujer ha estudiado detenidamente la cuestión, carga el acento sobre la moral de la época y la contrapone al sentido de la moralidad en la sociedad laica de nuestros días. En una sociedad, dice el autor, profundamente religiosa la esperanza de la gracia —firme y sin fisuras— contaba más que los buenos ejemplos:

«C'est ainsi que se généralise peu à peu l'idée qu'il n'est pas possible d'être à la fois un chrétien convaincu et un pécheur obstiné. Mais c'est là sans dout une idée, qui ne pouvait guère se répandre à une époque de foi générale, où la foi était considérée comme une condition nécessaire, certes, mais non suffisante de la vertu; alors qu'aujourd'hui, où elle n'est pas tenue pour nécessaire, on pense qu'ene devrait suffir. Précisément parce qu'on a perdu plus ou moins le sens de la grâce, ce sens de la grâce qui abonde au contraire dans l'Espagne du Siècle d'Or». (22).

---

(22) Cfr. A. Mas. «La caricature de la femme...», op. cit. pág. 370.

Sin embargo, Más, que sigue el modelo de Lucien Fébre para su estudio de la religiosidad en Rabelais y Margarita de Navarra; al descender a las razones de esa extraña autopermisión o armisticio entre los que fueron enemigos, en punto a acusación de los errores en materia de castidad, nos parece decididamente más tópico y menos afortunado:

Para él la justificación viene, en primer lugar, de una reactualización del espíritu de cruzada, campeones de Cristo en Europa, pueblo de soldados, en suma, en que "les vertus privées" ont moins d'importance" (23). En segundo lugar apunta una especie de decaimiento en el temor de Dios, por influjo de las imágenes y actos externos de religiosidad, que determina una familiaridad excesiva con el Juez de la vida humana; una especie de confianza en que el amigo "lo ha de fiar muy largo" (24).

Pero ambas explicaciones no dan la razón del dolor del "¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?" de Lope. Los españoles, y Quevedo no era ni mucho menos una excepción, se enorgullecieron de su condición de cruzados, ciertamente; pero sería absurdo generalizar de este modo en lo tocante a la castidad. No todos eran soldados y un sacerdote de Madrid, o un fraile de Yuste, o un hidalgo campesino, no podía oponer a sus pecados su condición de cruzado, por más legítimo orgullo que sintiera de ser español. Además que por la misma razón podría afirmarse lo contrario: que su condición de cruzados les impedía ser más respetuosos con las creencias y los dogmas por cuya pureza arriesgaban la vida, y de aquí nacería la tensión y el llanto al ver truncado por el pecado su camino hacia el modelo ascético.

A la segunda explicación no pretendemos concederle demasiada importancia. Es una tópica visión de España, con la única verdad de su colorido y de su gracia. Cuando de pecar habitualmente se trata, en todo caso, es más fácil tirar el santo por la ventana que volverlo hacia la pared a cada momento.

Por donde sí nos ofrece mejor luz Amadée Mas, es a través de que el ejemplo de los altos personajes sirviese como licencia de obligaciones al estado llano de una sociedad fuertemente jerarquizada; aunque queremos manifestar que no creemos que a un Escarraman, a un Pablos o a un Loaysa, le hubiera hecho cambiar de ideas y costumbres el ejemplo de un Palacio impoluto. Sin embargo queda claro que en el alcázar real de

---

(23) «Les Espagnols, en somme, se sentent mobilisés plus que jamais dans la «milicia de Dios», tenus de veiller, de se battre au besoin pour leur foi. Or quand on se bat, tout est simplifié: il n'y a plus que les devoirs et l'honneur du soldat, fidélité et courage. Les vertus privées ont moins d'importance». Cfr. «La caricature de la femme...», cit. pág. 355.

(24) «Ce peuple d'images tragiques, mais inoffensives, qu'on habille d'étoffes qu'on pare de bijoux, qu'il suffit de tourner la nez au mur, si l'on est gêne par le regard, pour pécher tranquillement il ne serait pas surprenant qu'il ait contribué à diminuer la crainte de Dieu». *Ibíd.* pág. 357.

Madrid la castidad no era la virtud más sobresaliente; llegado el caso, el rey o un ministro todopoderoso reconocían un hijo natural con un rubor puramente oficial, y sin demasiado escándalo de los demás.

No aceptamos el poder enorme que a un hecho semejante quiere concederle Mas como ejemplo para las clases inferiores; aunque su poder **tenga**. Lo recogemos ni más ni menos como manifestación, como dato más a contabilizar. En España los pecados de la carne se prodigaban... poco más o menos que en cualquier otro país, en la misma época, poblado por hombres y mujeres. Lo que ocurre es que en España se siente, con el goce universal del placer, un particularizado y casi nacional dolor por la culpa, que se expresa con absoluta lealtad. Quizás por esto, porque se peca y se confiesan, el número de los pecados parece doble en nuestro país.

No hay, pues, que buscar razones especiales en España para explicar un fenómeno universal; si acaso habrá que preguntarse por tales razones a la hora de valorar un dato quizás exclusivo de nuestro país en el XVII, la sentida expresión del dolor de los pecados.

Quevedo vivía en una sociedad en la cual el pecado de la carne por lo que tenía de universal y de frecuente, no era objeto más que de las propias acusaciones. Era una cuestión puramente personal con Dios, un negocio de ambos; por tal razón podía Quevedo sentirse también en este punto a cubierto de delitos comunitarios a la hora de reformar.

El por qué de semejante idea sobre la malicia de este pecado concreto es ya cuestión aparte y que aquí interesa mucho menos. Quizás sea porque al hacer de él el pecado sin defensa por antonomasia, se sentía una doblada sensación de impotencia ante la escrupulosidad de las leyes morales de la época, como nos dice Más (25). Probablemente hay que buscar el por qué en la naturaleza misma de este pecado, que al estar tan arraigado en nuestra naturaleza, parecía el menos culpable de los que llevaban al Infierno.

Lo cierto es que Quevedo se sentía, y podía perfectamente sentirse, capaz de moralizar a sus contemporáneos, aun contando con sus propios pecados, de los que tan sentidamente se dolía. Sintomático es que Quevedo satirizó mucho menos la concupiscencia del hombre que la de las mujeres, a quienes hace responsables —con tanta injusticia como agudeza para captar todos los ragos culpables— de la rebelión interna del instinto contra la inteligencia... su bien amada.

---

(25) «Or, il y avait au XVIIe. siècle en Espagne, dans la loi et dans la procédure de l'Église une telle inflation de péchés mortels, qu'un chrétien ne pouvait pas raisonnablement espérer échapper longtemps au péché mortel». *Ibíd.* pág. 361.

### CAPITULO III

#### 1) EL INTELLECTUAL Y EL HOMBRE ANTE ESPAÑA

Una explicación raramente recordada cuando se enjuicia la figura de Quevedo y la razón de muchos rasgos oscuros de su conducta es su condición inolvidable de intelectual. Uno de los contados críticos que han tenido en cuenta este aspecto fundamental de Quevedo, Emiliano Aguado, lo invoca para explicar la alternante actitud del escritor ante el Conde Duque:

«El intelectual, lejos de preocuparse por la utilidad de las cosas, quiere averiguar lo que ellas son, y para conseguirlo les da un crédito de confianza, a fin de que se comporten según su esencia... Quevedo estaba dispuesto a admirar a los válidos y a decir en alta voz que gobernaban bien a España. Por eso no les regateó elogios ni esfuerzos. Pero como su inteligencia era aguda y no dejaba que pasara ningún suceso sin entenderlo bien, se fue percatando poco a poco de que el mal de España no tenía remedio y el valido lo iba acrecentando con el beneplácito del rey» (1).

Tal condición de intelectual es entendida de modo diverso por quienes la ostentan y viven según ella. Fijar, pues, lo que hay que entender por de intelectual en la conducta de Quevedo no resulta fácil, sin una explicación previa, pues lo que nosotros entendemos por tal, pudiera suceder que otros no lo entendieran así.

Queremos hacer intelectual sinónimo de analizador, de frío, de prudente, de observador y enjuiciador de espaldas a los sentimientos. En este sentido nos parece que intelectuales son casi todas las obras de Que-

---

(1) Cfr. Emiliano Aguado. «Francisco de Quevedo». Nuevas Editoriales Unidas. Madrid, 1962, pág. 93.

vedo; predomina en ellas la razón fría, desde la sátira al tratado ascético, desde la pragmática burlesca a la poesía moral (2). Quevedo fue intelectual siempre que en su obra predominó su cerebro sobre su corazón. Este predominio le llevó a acertar en muchas cosas, quizás la principal fue su agudísimo examen de los defectos de la sociedad de su época; sin embargo, como veremos en el apartado siguiente, hubo un aspecto, el del enjuiciamiento del problema de España y de sus soluciones, en el que Quevedo, aun con el aparato erudito e intelectual de sus reflexiones al respecto, se equivocó durante toda su vida. Y es que Quevedo, el intelectual, usó de su cerebro siempre "a posteriori" en esta cuestión. Su corazón y su amor, quizás el amor único y con absoluta seguridad el más duradero y fiel, se adelantarán siempre a su cerebro, y cuando se aplicaba al estudio de la materia, obraba siempre sobre prejuicios.

Queremos salir al paso, sin embargo, de un equívoco que pueden sugerir nuestras palabras. No es que creamos que la del cerebro es la única vía de la verdad y la del corazón la del error. El cerebro nos engaña quizás con tanta asiduidad como la corazonada. Lo que ocurre en Quevedo es que el cerebro no quiso nunca aceptar los datos externos que le llegaban: era aceptar la derrota, la desilusión allí donde más dolía, donde únicamente quedaba ilusión en el alma de Quevedo. Por otra parte, al precio de algún error parcial, la corazonada de gloria de Quevedo, que duró casi hasta la tumba como veremos, fue el más hermoso de sus sueños, el que en nuestra opinión le confiere la dignidad de prototipo del sueño trágico del barroco español: El punto en que nos ofreció más nitidez y desenvuelta la verdad de su alma excepcional, de su genio por encima de la bondad cotidiana y de las pequeñas indignidades.

Y no es que Quevedo no viera el desastre político de España, la corrupción de sus compatriotas aparece retratada al vivo en "El Buscón", en los "Sueños", y más concretamente si se quiere, en la "Vida de la Corte y oficios entretenidos de ella"; la de los políticos en diversas composiciones que jalonan varias etapas de sus sátiras políticas, y así sucesivamente la de administración, la del ejército, la de la Iglesia española, etc. No se han equivocado en verdad quienes, como Pérez Clotet han visto en las palabras y en los silencios del Quevedo de muchas horas amargas, la crónica del desastre nacional, del agotamiento:

---

(2) Este predominio de la frialdad en la obra de Quevedo ha sido frecuentemente destacado sin las necesarias matizaciones. Antonio Espina, por ejemplo, comenta el rasgo con las siguientes palabras: «Quevedo es un poeta cerebral, de imaginación brillante, que domina como escritor todos los resortes y palancas del dioma, pero carece de emoción: es un poeta frío», op. cit. pág. 75.

«A nosotros nos parece percibir a través de las palabras de Quevedo, el hastío, el desaliento del pueblo ante los repetidos descalabros de las tropas españolas en la guerra contra los holandeses; que tal vez desesperado, desalentado, indignado, callaba voluntariamente las victorias logradas, pensando que cada una de ellas nos costaba inmensos sacrificios y dolores; y que, en último extremo, no iban a remediar la triste situación de España que, rápidamente, traza la parábola de su decadencia.» (3).

El epistolario de Quevedo contradice en un punto solamente las palabras anteriores. Quevedo dejó de hablar de guerras, de especular, ilusionado sobre las victorias pequeñas y de condolerse ante las derrotas, tan sólo cuando ya tuvo su cuerpo en el lecho de muerte. Sin embargo, muchos años antes, aparecen en sus poesías desahogos sintomáticos, chispazos de indignación o de desaliento, siempre en forma de sátira de costumbres:

«Cansado estoy en la corte  
que tiene en buen confín  
buen cielo, malas ausencias,  
poco amor, mucho alguacil.  
Ahíto me tiene España  
provincia, si antes feliz,  
hoy tan trocada, que trajes  
cuida y olvida la lid  
no quiero ver ciertos godos  
muy prestos a concebir,  
que, trampeando la barba,  
la desmienten con barniz;  
doncellas que, en un instante,  
hilarán a su candil  
con su huso y su costumbre  
el cerro del Potosí».

Y en este tono continúa la consabida revista de figuras y oficios. Cansado del país en que le tocó vivir, piensa buscar patria nueva. Pero envuelta en sus burlas reserva la declaración de su orgullo nacional. ¿Dónde la grandeza, la poesía de la historia descalabrada de la tristemente hermosa España?

«Harto de ser castellano  
desde el día en que nací,  
quisiera ser otra cosa,  
por remudar de país.

---

(3) Cfr. P. Pérez Clotet. «La política de Dios de Quevedo...», op. cit. pág. 189.

Si no mirase adelante,  
ya me hiciera florentín;  
que el tener sangre en el ojo  
es calidad de por sí.  
Fuera alemán o tudesco;  
mas, ¿de qué puedo servir?  
que ya los brindis del Tajo  
no le deñen nada al Rhin.  
Sed a sed los españoles  
aguardaremos al Cid;  
que a pie bebemos a Toro  
y a caballo a San Martín», etc.

Y cuando tras el irónico recorrido de los países, se decide festivamente a ser gallego, concluye con otra ironía, una advertencia mucho más amarga:

«Si a mal me lo tienen todos,  
y bien, ¿qué se me da a mí?  
Quien antes quiere ser chinche,  
alto a no dejar dormir...» (4).

Aunque será quizás en el epistolario, como tendremos ocasión de ver más adelante, donde vibren más sus celajes las ráfagas de indignación política. En las cartas podría dar salida Quevedo, por lo que de privada tenía su correspondencia, a tantas y tantas tribulaciones y temores respecto al incierto porvenir de España (5), que en sus obras no quiso nunca traslucir, y no sólo por miedo al poder oficial —no se puede celar tanto tiempo una convicción, y más con el temperamento apasinado y resuelto de Quevedo, por una cuestión de puro cálculo político— como se ha pretendido en algún caso, sino por amor a sí mismo, a sus propias ilusiones.

Por ello en el análisis de las sátiras políticas nos encontramos con que sólo muy tardíamente la denuncia se hace sin respeto ni paliativos. En la primera de que tenemos noticia, la “Epístola al Conde-Duque de San Lucar”, que se abre magistralmente, con impresionante orquestación, un cuadro apocalíptico de España:

(4) Cfr. F. Quevedo. «Obras» (poesía), cit. págs. 359-360.

(5) Quizás el camino más directo para ahondar en la psicología de Quevedo, aun siendo, quizás, el más seguido, sea recorrer las etapas de su amargura personal con el compás de la decepción por la reconstrucción de la grandeza española, haciendo ciertas las palabras de E. Aguado: «He aquí cómo la biografía de don Francisco de Quevedo y Villegas es, en lo esencial, la biografía de aquella España que aún no había aprendido a vivir sin ilusiones». «Francisco de Quevedo», cit. pág. 10.

«No he de callar, por más que con el dedo,  
ya tocando la bora, ya la frente,  
me representes o silencio o miedo.  
¿No ha de haber un espíritu valiente?  
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?  
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?»

Al que parecen dar cumplimiento los grandiosos conceptos que se encadenan hasta él...:

«Veranse sumergidas mis mejillas,  
la vista por dos urnas derramada  
sobre el sepulcro de los dos Castillas.»

Se quiebra, en definitiva, en una esperanza fácil de bienandanzas. Sólo quien verdaderamente sintiera la angustia de la reconstrucción inminente podría esperar el paso de “las huestes españolas bien perfumadas pero mal regidas”, el renacer de un ejército temido y respetado por la simple gestión de un solo hombre, aunque fuera el todopoderoso Olivares:

«Ejercite sus fuerzas el mancebo  
en frente de escuadrones, no en la frente  
del padre hermoso del Armento nuevo.  
El trompeta le llame diligente  
dando guerra de ley al viento vano,  
y al son esté el ejército obediente.»

¡Cuánta delectación en la composición de la imagen, del gesto, del soldado de la nueva España!

«Con cuánta majestad llena la mano  
la pica, y el mosquete carga el hombro,  
del que se atreve a ser buen castellano.»

Más que sátira, pues, toma de conciencia de unos problemas para saltar sobre ellos, para resolverlos. Esperanza, en suma, en esta composición de 1624, una de las contadas composiciones satírico-políticas indudablemente de Quevedo. El Conde-duque ofrecía la promesa de la reconstrucción de España, y a ello se apresura a instarle Quevedo, aun olvidando cuestiones de bandería, que han permitido, no sabremos jamás con cuánta razón, poner en entredicho la firmeza de su lealtad al amigo Osuna. El Conde-duque en fin puede remediar la situación de España; es el triunfo de la ilusión sobre la evidencia, del sentimiento sobre el raciocinio, del hombre sobre el intelectual:

«Pasadnos vos de juegos a trofeos;  
que sólo grande rey y buen privado  
pueden ejercitar estos deseos.»

Y he aquí con qué fútiles esperanzas se promete tan ciclópea empresa:

«Vos, que hacéis repetir siglo pasado  
con desembarazarnos las personas  
y sacar a los miembros de cuidado.  
Vos distes libertad con las valones  
para que sean corteses las cabezas  
desnudando el enfado a las coronas...  
Mandadlo así; que aseguraros puedo  
que habéis de restaurar más que Pelayo,  
pues valdrá por ejércitos el miedo,  
y os verá el cielo administrar su rayo.» (6).

A parte de lo que pueda haber de maquiavélico intento de aproximación al Conde-duque, no cabe duda que lo que campea en estos versos es una fe a prueba de desastres en la misión imperial de España y unos deseos ya probados en los reveses políticos, de mantenerse en la obra de reconstrucción, en la política activa. Hay una confianza entre orgullosa y fanfarrona en esa España que puede volver a dar al mundo pruebas de vitalidad y heroísmo en infinitos nuevos Roncesvalles:

«Que el águila que al sol mira  
no aguarda semifinales,  
y las plumas de sus alas  
son de batir los cañones.» (7).

No quisiéramos que el famoso "Memorial a la magestad el Rey don Felipe IV" fuera de Quevedo. Confesámoslo así, abiertamente, deponiendo toda pedantería profesional, que caería fuera del intento de nuestras actuales consideraciones. Contamos ya con óptimos materiales para proceder a su estudio, por obra de excelentes quevedistas como Crosby, y con agudas y modernas interpretaciones como la de Blecua (8). Sin em-

(6) Cfr. F. Quevedo. «Obras» (verso), cit. págs. 135 y sgts.

(7) *Ibíd.*, pág. 142.

(8) James O. Crosby nos dio una muestra de cómo se pueden superar las infinitas dificultades de interpretación de los textos quevedescos, presentándonos una magnífica edición crítica, antecesora de las del mismo autor de otras obras de Quevedo, del «Memorial», en «The text tradition of the Memorial. Católica, Sacra, Real Majestad». Lawrence University of Kansas Press, 1958. Nosotros hemos tenido muy en cuenta las conclusiones en torno a la autenticidad de José M. Blecua. «Un ejemplo de dificultades: el memorial «Católica, sacra, real Majestad». Nueva Revista de Filología Hispánica VIII, 1954, págs. 156 y sgts. Por las limitadas pretensiones en torno a este punto de nuestro trabajo, nosotros no hemos citado a través de la edición de Crosby.

bargo las razones que nosotros queremos arrojar ahora sobre la cuestión no están en esa línea de depuradora minuciosidad filológica.

Decimos que no quisiéramos que el "Memorial" fuera de Quevedo; de una parte, porque el afán de ocultar su personalidad —única disculpa que nos parece defendible— le habría llevado a componer una obra indigna de codearse con el resto de la producción quevedesca. El ingenio, el chispeante e imprevisible ingenio quevedesco, desmaya por doquier:

En el climax de un "encarecimiento conceptuoso", allí donde el concepto, el equívoco, la arriesgada hipérbole de Quevedo suele fulminar y fascinar, se produce en el "Memorial", invariablemente, el truncamiento de una flor sin gracia:

«Y el pueblo doliente llega a recabar  
no le echen gabela sobre el respirar

¿Dónde está aquí el salto imaginativo a que nos tiene acostumbrados Quevedo? Y esto cuando no se produce el puro compromiso versificatorio, carente de toda fuerza. Si el "Memorial" es de Quevedo nunca le habríamos visto antes tan torpe rimador:

«Perdieron su esfuerzo pechos españoles  
porque se sustentan de tronchos de coles».

Si acaso un eco fugitivo de la capacidad invocadora, trágica, de Quevedo, puede descubrirse en el desolador cierre de los versos:

«El vulgo es sin rienda ladrón homicida  
burla del castigo da coz a la vida.  
¿Qué importa mil horcas (dice alguna vez)  
si es más muerte fiera hambre y desnudez?  
Los ricos repiten por mayores modos:  
Ya todo se acaba, pues hurtemos todos».

Pero más todavía que por la indignidad artística de este "Memorial", quisiéramos repudiarlo del "corpus" poético del autor, por lo que tendría de traición al sentimiento de esperanzada tensión patriótica que venimos examinando en Quevedo. Ya sería bastante difícil soportar un Quevedo que sólo se queja de abusos materiales, falta de mantenencias, excesos de tributos, etc...; pero lo que resulta verdaderamente insoportable, y contradictorio con el aliento heroico mantenido sin desmayos por Quevedo es el pacifismo ramplón, el cómodo abandono de gloriosos —inútiles pueden parecer sólo hoy, después de haberlos sustentado durante trescientos años— compromisos con el mundo:

«Si guerras se alegan y gastos terribles,  
 las justas piedades son las invencibles.  
 No hay riesgo que abone, y más en batalla,  
 trinchando vasallos para sustentalla.  
 Demás que lo errado de algunas quimeras  
 llamó a los franceses a nuestras fronteras.  
 El quitarle Mantua a quien la heredaba  
 comenzó la guerra, que nunca se acaba.  
 Azares, anuncios, incendios, fracasos,  
 es pronosticar infelices casos.  
 Pero ya que hay gastos en Italia y Flandes,  
 cesen los de casa superfluos y grandes.

Por todo ello creemos que no se debe tratar de explicar este “Memorial”, con que erróneamente se le ha querido exaltar como patriota, como un momento de fugaz sinceridad consigo mismo de Quevedo. No creemos que sea éste el modo en que se aflojara en Quevedo la cuerda de la esperanza, tendida entre la evidencia y el ensueño. En el mismo “Padre Nuestro glosado” —una más de las infinitas muestras de este tipo de sátira de política—. Hay, junto a ramplonerías insostenible, momentos de verdadera valentía, digna del mejor Quevedo, como aquellos en que parece ir a producirse el milagro —en verdad lo hubiera sido en Castilla— de la palabra rebelión:

«No es bien que el ser tan leales  
 tus vasallos, dé ocasión  
 a una y otra imposición  
 y abra puerta a tantos males;  
 que a los duros pedernales  
 gasta el importuno acero;  
 y así ha de verse postrero  
 en tanto dar y pedir;  
 que no siempre han de decir;  
 paciencia, lealtad y fe  
 hagase.  
 Mira, rey, que ya tenemos  
 el cordel a la garganta,  
 y que la opresión no es tanta  
 que aun quejarnos no podemos;  
 pero en tan grandes extremos  
 de extorsión que nos oprime,  
 lo que más el pueblo gime  
 es que te falte el querer  
 para usar de tu poder,  
 pues te robó una amistad  
 tu voluntad».

Y así aunque aparezca también, como en el "Memorial" la protesta por los títulos:

«Tus armadas se aperciben  
para salir a ruar,  
y son caballos de mar  
que con nuestro pienso viven.  
Tus soldados no reciben  
más de una paga librada  
en el banco de la nada;  
y para dar tales frutos  
se siembran tantos tributos  
como en el mar y en la sierra,  
así en la tierra».

...y se registre, también aquí la protesta de la guerra:

«¿Qué fue lo que remediaron  
en tus mares y en tus tierras  
tanto número de guerras?  
Tan pobre estás como estabas,  
y aún más, pues no solo agravas  
las tuyas, sino que adeudas  
nuestras deudas».

...no se la siente, empero, inútil, sino mal planteada. Por ello la conclusión está totalmente incluída en la línea esforzada del Quevedo heroico, enamorado en fin del que prevee ha de ser el único tesoro que va a reservar en los futuros siglos la nación que en el suyo derramaba con más largueza que acierto sus tesoros y su sangre, el caudal indiscutible de la generosa entrega al ideal, o a la desasida aventura:

«Guarda, oh rey más que cristiano!  
tu persona y casa Dios;  
que porque goces de dos,  
te dió el mando en cada uno;  
al hereje y al pagano,  
a tus pies rendido veas,  
tan prosperado en tus glorias  
que cantemos tus victorias  
en la gran Jerusalén.  
Amén.» (9).

Un espíritu semejante se vuelve a descubrir en la última composición satírico-política que conocemos de Quevedo. Junto a las denuncias tradi-

---

(9) Cfr. F. Quevedo. «Obras» (verso), cit. págs. 144 y sgts.

cionales al ya declarado enemigo, Olivares, el patriota desengañado que es el Quevedo de 1641 —seguimos la fecha de la edición de Astrana— vuelve su sátira contra los ejércitos ruinosos, y la guerra. Pero no para condenar el espíritu de ella, sino sus resultados. Es, en definitiva, el canto de cisne del impulso patriótico juvenil, que, lejos de abdicar, exige explicación del mal empleado afán de tantos hombres:

«El de los Vélez se mete  
por Cataluña animoso,  
cuyo ejército glorioso,  
a Barcelona acomete;  
cuando rendirla promete,  
se retira; pero crea  
que su retirada sea  
en todo tiempo llamada,  
no la bella retirada,  
sí la retirada fea...  
La guerra de Portugal,  
que se juzgaba por breve  
con tanto espacio se mueve,  
que va aspirando a inmortal.  
Tanto espíritu marcial  
tanta gente levantada,  
a pie y a caballo armada,  
tanto aparato, ¿qué ha sido?  
Mucha costa y gran ruido.  
¿Y tanta jornada. Nada». (10).

Quevedo, en conclusión, se percataba, como no podía menos, de las miserias de su país, pero, aunque le dolían y las denunciaba en algunos, pocos, casos con violencia, mantenía siempre viva, aun en esos poquísimos casos auténticos, la llama de su confianza ciega en que España volvería a encontrar, a costa de los sacrificios que fuera, la senda del cumplimiento de su obra.

---

(10) *Ibíd.* pág. 147.

## 2. ASPECTOS DEL TRIUNFO DEL SENTIMIENTO

Alfonso Reyes ha destacado el obsesivo amor de Quevedo a España:

«Adonde quiera que viaja, sólo contempla a España. Ama a su patria —acaso con demasiada retórica— es capaz de la lealtad y aun del sacrificio» (11).

Este amor, que le aleja sistemáticamente de afrontar la terrible verdad del agotamiento español, justifica el aparente contrasentido, tan frecuentemente observable en Quevedo, de la referencia pormenorizada a enormes desastres, y, junto a ella la esperanza trivial en una reformita interna, una pragmática sobre modas a veces. Si no conociéramos sobradamente el alcance de los resortes irónicos de Quevedo en sus cartas no podríamos sino ver negra ironía en pasajes como el siguiente:

«A la desgracia de la Muerte de la señora infanta que fue grande por entretener con una niña al Rey de Inglaterra lo que no se pudiera con exercitos, i armadas. Sobrevino la nueva de la sangrienta vatalla que los suecos treinta mil infantes, i doze mil Canallas tubieron en la Marca de Branderburge, con el exercito de saxonia... Perdióse a vista de Lisboa una Nave de la India. Empero el martes pasado me avisan que se publicó en Madrid las pragmáticas de los pliegos sellados ai Pliego de a ocho reales, i de ai abaxo. es uno de los maiores tributos que se an visto, i el modo diçen que es mui notable. No tardaremos en vello» (12).

Sin embargo pensemos que, si bien es cierto que esta carta, de 1636, dista poco menos de tres años del hipotético memorial de 1639, la fecha de 1630 no queda tampoco tan lejana y en ella, por agasajo del Conde-Duque, y porque creía hacer con ello un servicio a la reconstrucción del país, llegó a defender medidas económicas y tributarias descabelladas en su "Chitón de los tarabillas". No nos engañemos, pues, queriendo leer excesivas cosas entre líneas. Quevedo creía de buena fe, o quería creer al menos, en los pobres remedios que se arbitraban a la gran catástrofe. Y

(11) Cfr. Alfonso Reyes, «Cuatro ingenios». Espasa Calpe. Madrid, 1950, página 86.

(12) Cfr. F. Quevedo. «Obras» (verso), cit. pág. 1.509.

su desesperado deseo de salvar a España, le hacía equivocarse, cometer torpezas que en ningún otro caso habría cometido.

Sólo con este pensamiento bien presente debemos aventurarnos en el epistolario de don Francisco, para no indignarnos a cada paso, y acometer contra la imagen del satírico reformador, del centinela infatigable de la patria, con que la crítica le viene caracterizando. Causa verdadero asombro leer entre los discreteos con sus nobles corresponsales, la noticia escueta, sin aparente eco en el corazón de quien la da, del hambre, de la miseria y de la muerte que se paseaban en funesto cortejo, pocos días antes de la carta que antes copiábamos, por los campos manchegos:

«Este verano, en Madrid —es carta de Quevedo a su opulento amigo el duque de Medinaceli— inquirí con todo cuidado las facciones y procedimientos del Duque de Lerma, que está en el cielo, desde que salió de España hasta que murió. He escrito aquí su vida; creo se holgará vuecelencia de ella y toda la posteridad. Héla escrito con ternura y conocimiento de sus partes.

Aquí hace tiempo ciego, que es menester luces a mediodía. Ni han sembrado, ni pueden, ni hay pan; los más le comen de cebada y centeno; cada día traemos pobres muertos de los caminos, de hambre y desnudez. La miseria es universal y ultimada.

Beso a vuecelencia la mano por el favor y merced que ha hecho el conde de Moctezuma; que Juan de Espinosa me escribió este ordinario (remitiéndome las cartas de vuecelencia), cómo habría hecho ya la diligencia, y que haría los recuerdos necesarios. Siempre he juzgado la persona del conde por merecedor del amparo de vuecelencia», etc... (13).

Durante casi toda su vida, como parece evidente por tantas cartas, Quevedo asistió impasible al sufrimiento de España, se le escaparon, aquí y allá, algunos pocos ayes lastimeros, casi siempre acompañados de la solicitud al rey o al valido de turno. Bien podemos decir que el inmenso sacrificio, el dolor desgarrado de España no le llegaba apenas; porque creyó siempre, o soñó siempre, con la resurrección de lo acabado. Por ello sus errores de apreciación no son crímenes patrióticos, no son traición al que sufre, sino ingenuo optimismo, que le engañó incluso en todo el discurrir de su política activa. Creyó en la importancia de su misión como consejero de la nobleza, creyó en la fecundidad de la unión entre inteligencia y poder, al servicio de España. Quizás fue Quevedo orgulloso, y de seguro ambicioso; pero sin ambición y sin orgullosa confianza en los propios talentos es absurdo pensar que nadie intentara interesarse en la tarea de la reconstrucción de su país.

---

(13) Cfr. F. Quevedo. «Obras» (prosa), cit. pág. 1.827.

Pero la ambición de Quevedo no acababa en sí mismo; era demasiado inteligente para ser perdidamente vanidoso. Quizás pensó en su propio triunfo, en la apoteosis de don Francisco de Quevedo, pero lo realmente importante para nosotros aquí, es que esta apoteosis la soñara, en, por y con España.

Y al hombre fuerte solitario le engañó su sueño de grandeza, basado necesariamente en la sublimación de su propia obra. Los mediocres, el coro innumerable de los débiles-poderosos, le engañaron siempre, y le humillaron cuantas veces pudieron sorprender la buena fe del genio. No es éste el lugar a que va destinado el análisis de tal situación. Enunciémosla tan sólo para evitar nuevamente el escándalo que produce el Quevedo disfrazado sin saberlo con el traje de bufón de la corte, cronista entusiasmado de las lindezas de su Magestad en el Pardo, o en el viaje a Andalucía en 1624, entre el hambre de los campesinos y las heridas de sus mal armados y peor regidos soldados:

«Su Magestad —dice en una carta donde se narran las peripecias viajeras de la Corte, que vale la pena ser leída enteramente— se ha mostrado con tal valentía y valor, arrastrando a todos, sin recelar los peores temporales del mundo: Presagios son de grandes cosas, y su robustez puede ser amenaza de todas las naciones. En esta incomodidad va afabilísimo con todos, granjeando los vasallos que heredó. Es rey hecho de par en par a sus reinos, y es consuelo tener quien nos arrastre, y no nosotros al rey, y ver que nos lleva donde quiere» (14).

Verdaderamente grandes habían de ser los deseos de Quevedo de que España encontrara el brazo poderoso que la volviera al redil de la dignidad y el poderío, para que los envalentonamientos intrascendentes frente a algún aguacero de un mozalbete casi recién nacido a la más ridícula de las adulaciones cortesanas —la adulación a los rasgos de precocidad o de resolución prometedora en partidas de caza u otras tales ocasiones de semejante riesgo— se tradujeran en la aguda retina del implacable autor de el “Buscón”, por prometedor futuro, “presagio de grandes cosas” y “amenaza de las demás naciones”.

Pero todas estas caídas de la perspicacia más elemental hay que disculpárselas al autor de tantos sentidos cantos a la España gloriosa, perseguida por la mala fortuna, relicario, mártir y confesora de los pocos valores trascendentes con que no había acabado aún el hombre, el cual ensayaba nueva búsqueda de la verdad a través de la fuerza natural, del maquiavelismo y del desconfiado método cartesiano, volviendo las espal-

---

(14) *Ibíd.* pág. 1.658.

das a los entrañables —pero, a qué no reconocerlo— añosos tratados de ciencia teológica, política y física:

Quevedo siente el peligro que a España le acecha como consecuencia de su propia grandeza; la que “así como se ha hecho señora de muchos, así será de tantos enemigos envidiada y perseguida”. Y quizás, porque trasfunde su propio ser en el ser de España, se conmueve en la indignación del fuerte y del generoso que, agotado por su propio sacrificio, contempla agonizante el cerco de los pequeñuelos antaño sumisos —fueran o no mezquinos los demás países indiscutiblemente tales aparecían a la mentalidad de Quevedo— y cobardemente confiados en la agonía del fuerte, progresivamente atrevidos y soberbios.

Semejante modo de sentir a España, bien puede disimular y hacer olvidar los pequeños o grandes errores de una mente anegada en el amor.

### 3) LA MAS TARDIA DECEPCION

A Quevedo le fueron abandonando una por una, sin excepción, todas sus ilusiones y sus ambiciones. Todo lo que el hombre esperó de los demás le fue negado, se le escapó de las manos, amor, honores, poder, engaños al sentido, que no bien palpados, se desvanecen. Al final sólo le quedó aquello que no había tenido que esperar de sus semejantes, con lo que había contado desde su nacimiento, la sombra de Dios a las puertas de la Muerte.

Hasta tal límite habían ido cediendo las ilusiones. Las más auténticas, sin embargo, el más entrañable afecto y la más enraizada vocación, estuvo pugnando incluso con su vida agonizante. La pasión de España y la inclinación política se fueron con las últimas ilusiones liquidadas. Con la vida quebrantada, el anciano prisionero de San Marcos de León instó al abúlico Felipe IV, que ya había dado clara medida de sus talentos, a asumir personalmente el mando de los ejércitos y las responsabilidades de la administración a la caída de Olivares. Un anciano más muerto que vivo, especulaba con las posibilidades de reacción de un país desangrado, aplicando como reactivo el dinamismo de su rey abúlico y embrutecido. Ciertamente tal derroche de vitalidad, de entusiasmo ya en el siglo XVII sólo podría ofrecerlo un español de la más pura raigambre.

De la mano de la crítica antecedente y de los escritos quevedescos nos hemos empeñado en pasar de las almas, de los contrasentidos, al alma de Quevedo, es decir a lo inmutable, a lo inviolado, a lo permanente... Y no sólo hemos encontrado en el amor y el servicio a su patria lo más rectilíneo de la conducta de Quevedo, lo más firme, sino, como estamos viendo, lo más duradero. Fue su patriotismo el último sentimiento terreno del que abdicó Quevedo antes de despojarse de vanidades, en la frontera ya con la eternidad. Cuando oye la llamada silenciosa de la muerte, que en el corazón renueva con son de apoteosis:

«Ya formidable y espantoso suena  
dentro del corazón el postrer día;  
y la última hora negra y fría  
se acerca, de temor y sombras llena» (15).

---

(15) Cfr. F. Quevedo. «Obras» (poesía), cit. pág. 434.

Y cuando con sus gastados ojos, que vieron en un orden peculiar bajo las esencias más virginales en las cosas cotidianas, recorre patria, casa, ajuar y espada, los presiente ya inventariados de la muerte:

«Miré los muros de la patria mía,  
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,  
de la carrera de la edad cansados,  
por quien caduca ya su valentía...  
entré en mi casa; ví que amancillada,  
de anciana habitación era despojos;  
mi báculo más corvo y menos fuerte.  
Vencida de la edad sentí mi espada,  
y no hallé cosa en que poner los ojos  
que no fuese recuerdo de la muerte. (16).

Solamente entonces, dieciocho días antes de su muerte, y llamado ya por ella en el lecho en que expiraría, encontramos la primera muestra de la decepción de España. Es el último suspiro del atleta atenazado por la realidad. Luchó tan al límite de sus energías y de su vida con esta última decepción, que su dolor al deslomársele la verdad se plasmó en una de las cartas más patéticas que se hayan escrito jamás con palabras españolas.

«Muy malas nuevas escriben de todas partes y tan rematadas, y lo peor es que todos las esperaban así. Esto, señor don Francisco, ni sé si se va acabando ni se acabó; Dios lo sabe; que hay muchas cosas que pareciendo que existen y tienen ser, ya no son nada sino un vocablo y una figura» (17).

No hay exégesis digna de estas palabras; nos asusta, nos produce vértigo el abismo inabarcable de experiencia dolorida de su sencillez; quizás sólo las pudo entender en todo su valor un moribundo solitario, rodeado como Quevedo, más de la caridad de los vecinos que del amor de los parientes. Muriéndose, silencio a silencio, en el otoño de la Mancha.

Aún tres días antes de la visita final de la Muerte, quieren abrirse paso hasta los oídos de Quevedo las noticias de las guerras y de la corte, pero, ahora sí, encuentran al inagotable patriota cerrado ya a toda palabra terrenal. Al fin, el esquema de interés se construye de acuerdo con la ca-

(16) *Ibíd.* pág. 433.

(17) Cfr. F. Quevedo. «Obras» (prosa), cit. pág. 1.881. Raimundo Lida resume con las siguientes frases este proceso de última decepción de Quevedo: «Ya no era fácil para el enfermo distinguir entre sus propios quebrantos y los de España... El «no se qué» último son estos misteriosos tiempos de ahora: 1645. Es España. Porque sólo Dios sabe si España existe o la hemos soñado; si tiene ser o ya no es nada, sino un vocablo y una figura». «Letras hispánicas», cit. págs. 121 y sgs.

beza, las vanidades, la pasión, aun la más noble se ha diluído. Es don Francisco de Quevedo en la plenitud de su lucidez, de su equilibrio, entregándose a quien le dio la vida:

«Perdone vuesa merced que no discurra en cosas de las guerras ni de las paces; que pareciera ociosidad, ajena del peligro en que me hallo. Dios me ayude y me mire en la cara de Jesucristo, y guarde a vuesa merced como deseo. Villanueva de los Infantes, cinco de septiembre de 1645» (18).

---

(18) Cfr. F. Quevedo. «Obras» (prosa), cit. pág. 1.883.

#### 4) LA SOLUCION DE QUEVEDO A LA PROBLEMATICA ESPAÑOLA

En opinión de Quevedo, el problema de la España de su época, puede centrarse en la pérdida de prestigio externo y en las mermas territoriales que le producen las frecuentes derrotas. España cuenta con muchos más enemigos que aliados; en realidad, toda Europa se está aprestando a repartirse la herencia del viejo león hispano, y hay como un gozo redoblado en el ánimo de los demás países, tras cada uno de los golpes que consuman la venganza del enemigo tan temido como odiado. El odio de todos a España es el síntoma que más destaca nuestro autor:

«¡Oh, desdichada España! —dice al declarar la necesidad de una apología de los méritos nacionales en «España defendida»— Revuelto he mil veces en la memoria tus antigüedades y anales, y no he hallado por qué causa seas digna de tan porfiada persecución!... ¡No nos basta ser tan aborrecidos en todas las naciones, que todo el mundo nos es cárcel y castigo y peregrinación, siendo nuestra España para todos patria igual y hospedaje! ¿Quién no nos llama bárbaros? ¿Quién no dice que somos locos, ignorantes y soberbios, no teniendo nosotros vicio que no le debamos a su comunicación de ellos?» (19).

Lo que más le dolería a Quevedo, quizás, en la relación de los demás países y España, era el hecho, entonces tal vez aún no tan evidente como había de serlo, sin embargo, algunos años después, del error de planteamiento de la política y de la mentalidad general de la nación. Es un hecho ya tópico, señalado por cualquier historiador económico que, lejos de montar un dispositivo de autosuficiencia en la provisión de sus necesidades materiales, o de crear una economía parcialmente superdesarrollada, en forma que canalizara hacia nuestro país a través de la exportación el oro de los demás, España, confiada en los inagotables tesoros americanos, derramaba a manos llenas su oro por Europa. Banqueros, comerciantes e industriales, al tiempo que nos proveían de cuanto nos era imprescindible, impedían que en nuestro país se montaran las fábricas, o se desarrollaran los cultivos que permitieran la producción autosuficiente.

(19) *Ibíd.* págs. 342 y 343.

El español habría sentido así el orgullo de creerse superior, parecía llamado al mundo para las altas tareas de la contemplación mística, del azar guerrero o del descubrimiento y colonización de apartadas tierras; por el contrario, desdeñaba la actividad fabril, y desde las plumas de su yelmo hasta el cuero de su calzado le eran facilitados por manos extranjeras, a las que se pagaba con largueza y se despreciaba por serviles.

Pero ocurrió que las manos estaban movidas por mentes, que en contraposición a las españolas, miraban hacia el suelo en el espacio y hacia adelante en el tiempo; y cuando al español le empiezan a sacudir de sus sueños generosos y felices los primeros obligatorios reveses militares, se da cuenta con una desesperación con la que nunca quiso transigir totalmente —de ahí su altivez— de que quienes robaban los galeones en Indias y quienes derrotaban a los famosos tercios en la campaña abierta, eran aquellas despreciadas manos extranjeras que, con el respaldo de las arcas mejor abastecidas, de los campos más y mejor cultivados, y de una poderosa industria en pie, aparecían ante sus atónitos ojos mejor armados y vestidos, y puntualmente pagados.

Quevedo vivió los años en que el alcance total de este proceso podía aún permanecer oficialmente ignorado, pero en que los síntomas amenazadores creaban una desazón y una angustia constantes. Uno de los capítulos de “La hora de todos”, traduce magistralmente esta inquietud indefinible: nos referimos al titulado “Los tres franceses y el español” (20).

Asombra hoy el genio de Quevedo que tan precisamente acertó a caracterizar en sus justos términos un problema cuyo desenlace definitivo tardaría muchos años en producirse. La presentación, en contraste, de los franceses y el español pronostica ya el giro del relato:

«Venían tres franceses por las montañas de Vizcaya a España: el uno con un carretoncillo de amolar tijeras y cuchillos por babador; el otro con dos corcovas de fuelles y ratoneras; y el tercero con un cajón de peines y alfileres».

El español, capa al hombro y aire desenvuelto, va huído “por no dar en manos de la justicia que le perseguía por algunas travesuras”; se encaminaba a Flandes:

«a desenojar a los jueces y desquitar su opinión sirviendo a su rey; porque los españoles no sabían servir a otra persona en saliendo de su tierra. Preguntado cómo no llevaba oficio ni ejercicio para sustentarse en camino tan largo, dijo que el oficio de los españoles era la guerra».

---

(20) Episodio magnífica y extensamente glosado por Alarcos García en «El dinero en las obras de Quevedo», op. cit.

La discusión se suscita rápidamente, y los franceses, sin sufrir la arrogancia del bobo al que vienen a esquilmar en su propia casa le desengañan crudamente. Entre otras razones, quizás la que más dolería a los españoles de la época es la siguiente; refiriéndose a los humildes útiles de su oficio, uno de los franceses aclara:

«Mirad bien a la cara a ese cantarillo quebrado que se orina con estangurria; que él nos ahorra para traer la plata de la taboala del Océano y de los peligros de una borrasca, y con una rueda de velas y pilotos. Y con este edificio de cuatro trancas y esta piedra de amolar, y con los peines y alfileres derramados por todos los reinos, aguzamos, peinamos y sangramos poco a poco las venas de las Indias».

La solución de Quevedo, por extrema, es poco acertada: "Yo haré que España sepa estimar sus ratones y su caspa y su moho, para que vayáis a los infiernos a gastar fuelles y ratoneras". Esta, en efecto, llegada la hora de la decisión suprema, fue la salida de España, su aislamiento con la propia miseria y podredumbre. ¿Por qué no propondría Quevedo la fácil solución de seguir atrapando ratones con ratoneras españolas? Quizás porque le pareciera que el oficio de soñar, de trazar arbitrios en la tierra, y escalas místicas hacia el cielo, no dejaba un solo minuto disponible para fabricar las trampas de los ratones. Tal la solución de Quevedo; la del español del cuento ayudado por la Hora, ya se sabe: la daga, la pendencia, el lance de valor, para acabar en airosa actitud.

«El español, que se reparaba en la capa, dio un puntapié al cajón de alfileres, el cual, a tres calabazadas que rodando se dio en unas peñas, empezó a sembrar peines y alfileres, y viéndole disparar púas de azófar, hecho erizo de madera, dijo: «Ya empiezo a servir a mi rey». (21).

La parodia del propio doloroso error no puede ser más cruel. Quevedo, como se ve, advirtió nítidamente la raíz de los problemas de España; por eso sintió la urgencia de acometer su resolución; pero, precisamente su españolísimo temperamento y su acendrado amor a los ideales tradicionales de España le empujaron a la solución menos práctica, a la que el discurrir del tiempo ha sancionado como la más inadecuada, al ensueño, a la huída de la página blanca, del tachón y la cuenta nueva. Enuncie-mos lo más brevemente posible el plan de reforma de Quevedo.

La solución a todos los defectos del gobierno, tanto a los de la competencia directa del rey, como a los relativos a sus súbditos, privado,

(21) Cfr. Esta y las anteriores citas de «La hora de todos y la fortuna con seso» en «Obras Completas» (Prosa), cit., págs. 310 y sgs.

consejeros, tributos, etc. no puede ser encontrada, sino en el modelo sobrenatural de cualquier sociedad humana, es decir, en Cristo y en su Iglesia. El tratado modélico son, pues, los Evangelios. Esta famosa teoría de Quevedo, base de su "Política de Dios", se nos presenta hoy como sumamente ingenua; sin embargo no parecía así en su época( 22); ya que, como ha señalado Osvaldo Lira, el ambiente de la época estaba tan cargado de teología, que construir un tratado de ciencia política con base en los Evangelios, era cosa que a nadie sorprendía:

«Quevedo respiró a plenos y privilegiados pulmones los aires de España, y como esos aires venían cargados de efluvios teológicos, su alma política tenía necesariamente que respirar teología».

La Teología, prosigue el mismo autor, era además, el medio de expresión más idóneo a los fines de Quevedo, a su propia mentalidad, y a la de la época:

«En la Teología —añade— encontraba siempre la flexibilidad mental necesaria para adaptar la vestidura sutil de los principios al cuerpo del caso concreto, logrando ceñirlos con la mayor flexibilidad posible a su silueta contingente» (23).

A un espíritu tan ágil como sin duda lo fue el de Quevedo, a una mirada tan perspicaz no le hubiese pasado por alto, de haberse tratado de otra cuestión menos respetada, que los vientos que soplaban no eran, precisamente, los más favorables a las soluciones políticas ideales, que se imponía una revisión máximamente realista de los hechos, una reestructuración de las instituciones, y liberarse del lastre moral, idealista y quijotesco. Pero Quevedo, tan fríamente cerebral en otras cuestiones, en las relativas a España no supo usar nunca de su despejada mente sin prejuicios, mejor dicho, sin amor.

Quevedo amaba a su patria y reverenciaba su pasado, el viril esfuerzo de los tiempos difíciles. Quizás su afición fue demasiada y no supo distinguir entre el apartamiento respetuoso de principios en desuso, inadecuados, y el arrumbamiento despectivo de los mismos. Llamado de su amor, desbordado en este único cauce consciente, a Quevedo arrumbamiento y apartamiento le parecían siempre un solo modo de traición. De aquí lo sublime, por lo enamorado y por lo español, y lo inoportuno por lo transnochado y carente de visión práctica del Quevedo teórico y político, que proclamaba como punto de partida de toda ciencia de gobierno terreno, el ejemplo del Verbo Encarnado:

---

(22) Cfr. al respecto J. Juderías. «Quevedo...», cit. pág. 21.

(23) Cfr. Osvaldo Lira. «Visión política de Quevedo». «Seminario de Problemas Hispanoamericanos». Madrid, 1948, págs. 46 y 58.

«Viendo Dios, en los primeros pasos que dió en el tiempo, tan achacoso el imperio de Adán, tan introducida la lisonja del demonio, tan poderosa con él la persuasión contra el precepto; y recién nacido el mundo, tan crecida la envidia de los primeros hermanos, que a su diligencia debió la primera mancha de sangre... porque no viviesen en desconcierto con tiranía debajo del imperio del hombre las demás criaturas, y consigo los hombres, determinó de bajar en una de las personas a gobernar y a redimir el mundo, y a enseñar... la política de la verdad y de la vida». (24).

Si tal es el modelo de gobierno, se comprenderá, como consecuencia, fácilmente, lo que para nosotros resulta segundo punto en el planteamiento de la revitalización nacional. Las virtudes políticas fundamentales de los súbditos de semejante gobierno, en abstracto, y las de los españoles en concreto serán, decididamente, de índole ética. La reconstrucción del país se hará, pues, para Quevedo en la moral de sus componentes, que en el caso de los españoles, no puede ser otra que la moral católica más ortodoxa y tradicional. Lo coherencia de la perspectiva temporal, según Osvaldo Lira (25), a la que nosotros añadimos —y pretendemos quizás aún más relieve para esta causa determinante— la fatal tendencia del españolísimo y ortodoxo Quevedo a mirar hacia atrás empujado por el amor hacía inadmisibles para su retina el complejo panorama de las medidas prácticas económicas y sociales, que era urgente implantar, con anterioridad, por supuesto, al planteamiento de una siempre difícil y dilatada campaña de reconstrucción moral.

Julián Juderías, en cuyo estudio clásico sobre Quevedo, ocupa uno de los apartados medulares la cuestión que nos planteamos en estas líneas, aparte de denunciar el hecho de la fundamental dimensión ética del problema de la reconstrucción de la conciencia nacional, en opinión de Quevedo (26), intenta la siguiente justificación:

---

(24) Cfr. F. Quevedo. «Obras» (prosa), cit. pág. 379.

(25) Lira resume la cuestión en los siguientes términos: «A pesar de lo innegable de su ingenio, Quevedo no podía adquirir visión exacta del momento crucial en que vivía su patria... Lo único que estaba en su mano advertir, que era la desintegración moral de España y su fracaso político como defensora de la civilización cristiana, lo percibió, por cierto, y con mirada extremadamente aguda, incluso en sus más extremas consecuencias». Cfr. «Visión política de Quevedo», cit. pág. 30 y 31.

(26) «A los ojos de Quevedo el problema español no es un problema político, sino un problema ético; la solución de este problema no estriba, por tanto, en un cambio de instituciones, sino en una reforma de las costumbres... Indudablemente, Quevedo no ahonda en los problemas que en su tiempo suscitaba la técnica, por decirlo así, del Estado, porque odiaba cordialmente estas materias». Cfr. Julián Juderías «Quevedo...» cit. pág. 216.

«Aún no se ha desmembrado ninguna provincia del poderoso imperio que dejó Felipe II... Hacía falta, para conservarlas, de una fuerza moral prodigiosa, y, precisamente, esta fuerza es la que decae. Quevedo observa el lento, pero constante, avance de aquella enfermedad, que a finales del siglo XVII ha de paralizar el gran cuerpo español y ha de entregarlo inerte y como anestesiado, en manos de sus eternos rivales, para que se repartan libremente sus despojos, y sus escritos palabras de advertencia y consejo, cada vez más sentidos, cada vez más amargos».

Pero todo ello es declarar unas consecuencias sin determinar su causa. Quevedo es algo más que un atinado observador de errores, como quiere Juderías. Quevedo, él mismo, es un producto más de los errores de planteamiento de España. En la doble vertiente moral y económica de la decadencia española, él se obsesiona con la primera, despreciando la segunda. Quevedo era, pues, uno más de los cantos rodados en el río de la decadencia española, impelido como los demás por el amor de la tradición, por el servicio a los ideales sobrenaturales, y, a qué no reconocerlo, por el abandono perezoso del esfuerzo comercial e industrial que requiere hombres silenciosos y longánimes.

De aquí que las soluciones que proponga a la reconstrucción moral sean tan hermosas como ilusas. Es el eterno abismo español, la pirueta entre la verdad de hoy que nos hace vivir, y las verdades de la eternidad que nos permiten soñar.

La solución central para la conquista de la moral patriótica, aparte del fortalecimiento de la moral católica individual según los principios de la Iglesia Romana estriba, según Quevedo, en la reimplantación de las virtudes abnegadas de los españoles de otras épocas. No se cansará de repetirle en verso y en prosa, por doquier, los españoles de su época son los heroicos españoles de siempre, bastaría con estimularles las virtudes que hoy duermen en el letargo:

«Los mismos son hoy que cuando obligaron a pelear por la vida a Julio César, cuando en todo el mundo (confesándolo él) peleó por la honra. No fueron otros los que en Numancia desesperaron a los romanos y pusieron horror a la misma muerte. Hoy sois, señor, de los propios cántabros que hicieron a aquella majestad del orbe saber qué cosa era el miedo. ¿No es hoy España la que, inundada de diluvios de agoreros, y quedando reliquias despreciadas en tan pocos hombres que cupieron en una cueva, multiplicándolos el valor solariego, la recobraron, degollando en batallas campales de doscientos en doscientos mil los bárbaros? Estos, venciendo las distancias del mar y a pesar del divorcio proceloso de tantos golfos, ¿no juntaron las orillas de este mundo con el nuevo? ¿No llevaron el Evangelio a los climas donde el sol lleva el segundo día que nos deja

en noche? ¿No añadieron a Nápoles y a Sicilia a vuestra corona? ¿No dieron en prisión a vuestro augusto bisagüelo en la batalla de Pavía, la persona de Francisco, rey cristianísimo de Francia? ¿No domaron los feroces alemanes. ¿No obligaron con doscientos mil hombres, muchos menos en número, a que rehusase la batalla que le ofrecía el César a Solimán, terror de Europa?» (27).

Son estas palabras del “Panegírico a la Magestad del Rey Don Felipe IV” un animado recuerdo de lo que podemos leer en la “Epístola al Conde-Duque” de 1624; pero allí, de acuerdo con el carácter acusatorio de la composición, cada gesta no es, como aquí, un timbre de gloria que se arroja sobre los españoles de 1643, sino una afrenta, un vituperio continuado por la pérdida (28) de las virtudes tradicionales. Tiene, pues, que mediar un olvido de la propia hacienda en los poderosos (29) para dirigir los alientos perdidos de la masa a una tarea de recuperación de territorios y, sobre todo, de prestigio por medio de la guerra. No vislumbró Quevedo jamás otra solución; la guerra era el oficio secular de los españoles, y la desazón cotidiana en aquella edad le hiere:

«Il trove —ha dicho Bouvier— dans la guerre, dont il ne cesse de vanter les bienfaits, un moyen de réchauffer les énergies et de réveiller les consciences» (30).

Faltaba, sin embargo —y con ello llegamos al último de los puntos del plan rector de Quevedo— la voz autorizada, la figura carismática, en quien se reconociera el caudillo. El hombre que determinara la puesta en marcha del proceso depurador; a la búsqueda de este hombre Quevedo dedicó durante toda su vida, su política activa; creyó verlo en Osuna, en Olivares, en Medinaceli, y siempre en el Rey. Su vida, lo veremos en seguida, fue un continuo jugueteo con los poderosos en el que Quevedo llevó siempre la parte más sufrida y desairada. Por su amor a España, por su irrefrenable deseo de reconstrucción nacional vistió de hombres a simples espantapájaros, corrió peligros de muerte, aduló sin propósito de medro personal, arrastró cadenas y renunció, quizás con gusto, al humano consuelo de llorar largamente al amigo muerto o prisionero.

Asombra escuchar todavía en 1645 la voz de Quevedo llena de juve-

(27) Cfr. F. Quevedo. «Obras» (prosa) cit. pág. 685.

(28) Por brevedad, remitimos simplemente al lector el cotejo del fragmento arriba copiado con la «Epístola» aludida. Cfr. «Obras» (poesía) cit. pág. 135.

(29) Cfr. E. Alarcos. «El dinero en las obras de Quevedo» cit. «Le irritaba —a Quevedo— aquel desenfreno y le repugnaba aquella corrupción. Y volvía con nostalgia los ojos al pasado, donde creía encontrar gentes menos apegadas al dinero y, por lo mismo, más virtuosas que sus contemporáneos», pág. 90.

(30) R. Bouvier. «Quevedo, homme du diable, homme de Dieu», cit. pág. 79.

nil y miope entusiasmo, instando al poltrón y abúlico Felipe IV para que asuma el caudillaje de su pueblo en la guerra necesaria:

«Señor —decía en el mismo «Panegírico» que hemos citado más arriba— si los soldados de vuestra majestad ven vuestras espaldas, ellos harán que veáis las de vuestros enemigos... Pues con la presencia de vuestra majestad, ¿quién duda que, siendo los mismos —los españoles— repitan lo mismo? Con vuestra ausencia han parecido otros por desdicha, no por culpa. Dejaste como Aquiles a los suyos, para que vieses que sin él Héctor los vencía, y volveréis a asistirlos como él, para que se conozca que en vos sólo está la victoria. A los españoles, señor, sólo les dura la vida hasta que hallan honrada muerte; veréis que hoy, que os verán, que la salen a recibir, que ninguno vive por su culpa. Ya que no podéis resucitar los muertos, que es el mayor milagro, resucitaréis los vivos que es más nuevo». (31).

El amor cegó a Quevedo, y mientras sobrepasa infinitamente en agudeza, en todos los terrenos, a los más esclarecidos ingenios de su época, su propia ceguera amorosa o los resultados a que ella le fuerza, son facilísimo blanco a los ataques de sus enemigos listos o necios. Así, por ejemplo, el autor de «El tapabocas que azotan», podía con toda razón proclamar la irrisión de Quevedo, casi siempre que tocaba la dimensión de la esperanza patriótica:

«Pues, ladrón de la honra española —le increpa Mateo de Lisón y Biedma en relación con los desastres militares del reinado anterior invocados por Quevedo para elogiar a Felipe IV— ¿qué recompensa le es de estas injustas notas? ¿Qué esquite se le hace a quien sabe domar provincias, sujetar reinos, prender reyes y acrecentar vasallaje sobre emperadores, al decir que recuperó Brasil y se ganó Breda?». (32).

Sólo en esta faceta de su personalidad, en la que nosotros, por más espontánea, medular y rectilínea, creemos descubrir la más segura pista del alma de Quevedo, nos aparece el gran poeta en progresiva y confiada extroversión. Sin el retraimiento cauteloso que le era habitual en otros campos en que se movía con menos firmeza de convicciones, y en los que el alma de Quevedo aparece tan retorcida y atormentadamente tempestuosa, que, para salvar los rasgos buenos del contagio de los muchos abyectos, muchos biógrafos tuvieron que inventar el mito de las almas incongruentes. Le abonaba en sus ideas, le iluminaba un claro principio

(31) Cfr. F. Quevedo. «Obras» (prosa), cit. pág. 685.

(32) Cfr. «El tapaboca que azotan», publicado como apéndice por Astrana Marín, en «Vida turbulenta de Quevedo». Ed. Gran Capitán. Madrid, 1945.

donde nunca desmayó: su fe, la Voluntad Divina, porque en definitiva, la obra de España era la obra de Dios, o, como decía Quevedo como colofón de uno de sus más delirantes sueños de renacimiento del poderío español, "peleará España; vencerá Dios" (33).

El lector actual de Quevedo, tres siglos y pico más viejo que el autor de la aludida "Relación", ha vivido la exaltación y el proceso de las ideas que arrinconaron por viejas e inadecuadas las de Quevedo, y ha vuelto a ver repetido el mismo ciclo varias veces. Le asalta a veces la duda de cuál haya de ser el sistema de ideas y sentimientos que substituyan a los actualmente en curso. Por eso, en cierto modo, muchas personas nos hemos acostumbrado a medir las ideas matrices de la acción, la propaganda de los países, las épocas y los grupos ideológicos, no sólo en función de su oportunidad, que algunos llaman verdad —sin advertir quizás que la verdad de cualquier conjunto de soluciones a una situación concreta es una cuestión de oportunidad e inoportunidad en el momento de su aplicación— que caduca antes o después, sino a partir de ese algo absoluto, inalterable, que es su belleza, la hermosa visión del mundo y del hombre de la que derivan; e incluso, no hay porqué negarlo, a partir de su singularidad, de su independencia.

No cabe duda de que pocas soluciones a un problema nacional son más singulares, más generosamente privadas de todo interés material que

---

(33) He aquí una de las más rotundas formulaciones del esperanzado sueño de Quevedo escrito en un momento de ilusionada euforia: «España, gloriosísima en todas edades, no acostumbra a temer sus armas, y pagará sus hostilidades en guerra defensiva contra la ofensiva que Francia amenaza; defenderá la Iglesia contra quien se arma; amparará el Imperio, cuya destrucción intenta; arraigará la Casa de Austria con más hondas raíces, con más firmes cimientos en poder y religión que hasta aquí ha tenido; asegurará las coronas de Hungría y Bohemia en las cabezas de sus hermanos; restituirá la Lorena a sus príncipes verdaderos; cobrará las plazas que Francia compró del sudor de Suecia; cobrará todo lo demás que en su poder tiene; pondrá en libertad los electores apremiados; procurará establecer la paz en Alemania; hará que Italia goce del sosiego, que siempre ha sido el fruto que ha cogido de nuestras armas; triunfará de sus rebeldes y protectores; postrará la venenosa herejía a los pies de la Santa Iglesia Católica; resonará la voz de la salud y de alegría en el tabernáculo de los justos; oíránle los infieles con despecho; la sinagoga de Satán con rabia. Será la tierra teatro de sus victorias; será el mar campaña de sus trofeos, el cielo será templo en cuya bóveda resplandeciente vuelque sus católicos despojos.

«Todo esto obrará, mediante la voluntad de Dios, la justicia; con que, desnuda su cuchilla vencedora, tremolará el lábaro de la fe, el estandarte de Jesucristo crucificado. Saldrá el Dios de los ejércitos a especular los intrépidos bríos y los más ardientes corazones; la luz y el estallido del granizo, del trueno; Santiago añadirá ceguedad a su pasmo; peleará España; vencerá Dios; será Dios el motivo, España el instrumento.

«Verá Francia, verá Holanda, verá Europa y verá el mundo todo, a pesar de herejes, sectarios y protestantes, y todos sus amigos y confederados, que Dios y España, que fía en su defensa, vencerá.

«O España y Dios, que siempre acude a su amparo en los cuatro ángulos del orbe». Cfr. «Obras» (prosa) cit. pág. 657.

la solución de Quevedo. España sigue pidiendo sitio en el mundo, únicamente para poder seguir soñando con misiones espirituales elevadas, para seguir vertiendo toneladas de oro y ríos de sangre en el pozo sin fondo de su orgullo. En un mundo mecanizado y positivo, que quizás esté ya en crisis, y a cuyos primeros pasos asistió Quevedo, la postura de nuestro escritor es algo prodigioso, inusitado, inconcebible fuera de España.

«Avoir vu la misère, les souffrances, les guenilles, non seulement avec tant de clarivoyance —ha dicho Bouvier—, nous parfois avec une si réelle émotion, et les considérer comme un fait acquis, classé, n'y trouver comme correctif que la charité, le retour aux anciens moeurs, ne pas s'ingenier par des dispositions pratiques, à trouver les moyens d'y remédier, alors que c'est pour la que l'Espagne périt, cela nous paraît prodigieux!... L'Espagne mourante nous a montré comment un grand peuple dénué de tout peut se distraire, et ce que la fantaisie et la foi peuvent construire dans un désert» (34).

El desenvolvimiento de la civilización materialista, que desmintió, en la práctica, la oportunidad de las medidas de Quevedo, y puso en entredicho la elección de España en la disyuntiva materia —espíritu, adquisición— sueño; cuando llega quizás a sus mejores logros y a sus últimas consecuencias nos autoriza ya, como ha dicho Osvaldo Lira, a pensar sin escándalo universal en lo “relativo del mal juego histórico de España” (35): Desde su colmena de cemento, aprisionado por cementerios alucinantes de máquinas inservibles, un hombre, en un segundo de reposo, piensa con nostalgia en los felices pueblos que aún ríen o cantan. No veremos con esto alzarnos con la verdad, no es un problema de verdades o mentiras el que se plantea. Es simplemente una cuestión de elección, y España, para bien o para mal, pero para orgullo actual de muchos hombres, hizo la suya, con Quevedo, un año cualquiera del s. XVII.

(34) Cfr. R. Bouvier. «Quevedo, homme du diable...», cit. págs. 156 y 159.

(35) El mismo Bouvier, que ha acertado quizás antes y con más entusiasmo y brillantez que nadie, a destacar el carácter del problema latente, que en nuestros días ha cobrado la vieja elección de España, lo expresa así en otro de sus libros, por boca del propio Quevedo, preso en San Marcos de León: «Je plains cest esprits bornés qui prétendent à tuote force accomoder avec la foi ce qu'ils ont l'audace d'appeler leur intelligence. Ils peuvent prétendre qui nous sommes, nous Espagnols, entrères... Ceux qui plus tard critiqueront la raison pure, s'il s'en trouve, les tuormentés, les pessimistes de l'avenir —habla ahora el autor—, se tourneront vers nous, vers notre Espagne irrationnelle et illogique, parce que pour elle la pensée humaine est sans valeur. Lorsque vous vous penchez sur les abîmes, vous savez en mesurer l'insondable profodeur, et proclamer sincèrement la vanité des misérables constructions de notes seprit». clamer sincèrement la vanité des misérables constructions de notre esprit». Cfr. «L'Espagne de Quevedo». Librairie E. Droz. París, 1936.

## 5. QUEVEDO Y LOS NOBLES O ENSAYO DE ENJUICIAMIENTO DE SU ACTIVIDAD POLITICA

Hemos querido finalizar nuestro trabajo bajo el signo del epígrafe quizá más frecuentemente tratado por los críticos y biógrafos de Quevedo, su actitud ante los nobles. Pero queremos advertir que nuestro propósito no es aclarar ninguno de los infintos puntos de controversia, suscitados, principalmente, a propósito de la relación de Quevedo con Osuna, Olivares, Medinaceli, u otros. Tanta bibliografía se ha acumulado sobre la cuestión y tantas vueltas se han dado a los testimonios y datos directos, que hoy ya resulta tarea ímproba ordenar tantos intentos de interpretación; cuanto más no lo será, además, arriesgar un enjuiciamiento nuevo, acerca del problema más trivial.

Lo que a nosotros, en la línea que venimos desarrollando nos interesa destacar aquí, es que con su gestión política activa Quevedo dió el más abnegado testimonio de sus ideales. Es decir, que si Quevedo, como hemos visto, mostró su alma —sus ideas y sus sentimientos— desnuda e inmutable en el sólo caso de España y lo español, y en nombre de sus ideales y sus amores no regateó la claridad de postura en ningún caso, llegando, por el contrario en muchos, a situarse en actitud de fácil blanco para la sátira de los que supieron ser menos apasionados. En nombre de ese mismo amor, ni reparó jamás en las desventajas, las fatigas y las humillaciones, a las que le sometieron los aliados forzosos a los que había de acercarse, no para mediar, sino para hacer oír su consejo, y después, si se quiere —es muy humano pensarlo—, sentirse satisfecho y orgulloso de cooperar en la tarea, para él más honrosa y apremiante de un español.

Y del mismo modo que supo ser víctima, supo sacrificar, cuando fue preciso los rasgos de afecto amistoso; aunque, bien está que lo admitamos, sin jamás traicionar a ningún amigo. Lo único que pudo, si así se quiere decir, traicionar Quevedo —pensamos por ejemplo en el caso de Osuna— fue una adhesión hasta la muerte que no le hubiera sido ya útil al amigo condenado y que a él le hubiera puesto feura del radio de acción de la camarilla entre la que se fraguaría la reconstrucción o la ruina de España. Quevedo, creemos poderlo decir con justicia, sacrificó en tales ocasiones afectos menores al amigo o a sí mismo, a su afecto mayor, el de

España; y quizás sin plena conciencia, a impulsos sólo de su condición genial. No conviene olvidar que estamos tratando con un ser fuera de los límites de lo normal, como artista y como hombre.

Pero, dejando ya estas advertencias previas, comencemos por afirmar que, consecuentemente con sus ideas más auténticamente establecidas, Quevedo mantuvo durante toda su vida una vocación política, a prueba de los más duros contratiempos. Al enjuiciar el acierto en la puesta en acto de tal vocación los criterios se han multiplicado, incluso en los términos más contradictorios. Si para Alfonso Reyes:

«La experiencia en el trato humano parece en él cosa innata: es político desde que nace». (36).

Para el Duque de Maura, por el contrario, Quevedo fue siempre un "primo alumbrado" en la maraña política (37). Para nosotros Quevedo, cuyas condiciones específicas de hombre político no sabríamos enjuiciar, fue, sin duda, mártir de la política. Bien que al martirio le llevara su ambición personal, pero en definitiva, esa ambición era noble, porque tenía por base —no concedemos en esto ni la posibilidad de discusión— no únicamente el egoísmo o la pueril ansia de hacerse notar, sino en todo caso el recoger un galardón personal en la materialización del ideario en que se cree y al que se ama.

No podemos calificar de otro modo que de mártir a Quevedo, porque para la realización de sus planes políticos, la época le imponía una enorme, variada y molesta gama de impedimentos, a los que Quevedo se enfrentó siempre con la firmeza heroica de un mártir. El principal de los inconvenientes era la necesidad de aliados entre la única clase con poder, en la ley del tiempo, para acercarse o apoderarse de la voluntad del rey todo-poderoso, la nobleza.

El primer paso de Quevedo, fue siempre la elección del amigo, del aconsejado, nunca del mecenas. Buscó siempre, y ello es ya bien sintomático de su buena voluntad, al hombre que le pareció dotado de inteligencia, de flexibilidad. No se avino con el primero que encontró más cerca del trono, seleccionó las condiciones de sus señores —no caemos, sin embargo en el frecuente error de considerar a la nobleza instrumento en manos de Quevedo, que la manejaba a su capricho. ¡Ojalá que así hu-

---

(36) Cfr. Alfonso Reyes. «Cuatro ingenios», cit. pág. 85.

(37) Maura, en fin experimentado político, razonó en los siguientes términos el fracaso de Quevedo: «Escribiendo, fue un hacha: pero en política... un primo alumbrado. Careció de tres cualidades decisivas para el buen éxito en el ejercicio de la vida pública: atrayente simpatía personal, dotes de hombre de acción y visión exacta de la realidad». Cfr. «Conferencias sobre Quevedo», cit. página 52.

biera sido! Si no en el caso de Quevedo en el de tantos y tantos sesudos mesócratas—. Mejor dicho la selección y la exclusión fue recíproca. Las inteligencias se buscan y se encuentran, la estupidez no resistía el talento de Quevedo, y a los honrados fines de éste, de nada servía un tonto manejable.

A este respecto, las noticias que conservamos de las prendas personales de los dos grandes amigos de Quevedo —de sus amos si se quiere; más adelante discutiremos esta cuestión— los presentan siempre como hombres jóvenes, brillantes... ingeniosos—recuérdese el singular valor de esta cualidad en la sociedad, y, en general, en el mundo cultural barroco—. Serrano Poncela resumía la atractiva figura del Duque de Osuna, como un “ejemplar humano tardío y desambientado del Renacimiento” (38). Mientras que del Duque de Medinaceli traza el siguiente bosquejo en el cual se destacan precisamente las cualidades que pudieron orientar hacia él el interés de Quevedo:

«Dejó algunos mandos, en que se divisa su piedad, nombrando por testamentarios y ejecutores de su última voluntad al duque de Medinaceli, su verdadero Mecenaz, en quien con la grandeza de su prosapia y sangre real, se junta con grados de ventaja lo eminente de su sabiduría y lo agudo de su entendimiento». (39).

Esta comunidad espiritual de Quevedo y sus protectores, las analogías de sus caracteres, era algo tan evidente, que no pasó desapercibido a sus amigos ni a sus enemigos. Estos últimos nos ponen sobre la pista del común denominador de aquellos hombres, despiertos, aventureros, emprendedores, optimistas, capaces, en suma, de las empresas más difíciles. Tal era la razón por la que eligió y fue elegido Quevedo; y en tal sentido apunta un significativo texto del “Tribunal de la Justa Venganza”:

«Deste auto quiso suplicar el abogado, diciendo ser injurioso y no libre de infamia contra un caballero tan bien admitido de los grandes señores, a quien hacen amigable acogida y le oyen con singular gusto sus chistes, agudezas y donaires, y que sería constituirlo en mala opinión. Pero la réplica del fiscal fue no deberse admitir esta falsa propuesta, así porque ninguno puede perder lo que no tiene, ni otro se lo puede quitar, como porque los señores cuerdos y virtuosos, cuyas casas (en lo humano) son tenidas por sagradas y resplandece en ellas la educación de perfectos cristianos y caballeros, sin permitir que en su presencia se murmure de los ausentes ni se ofenda a Dios con blasfemos juramentos, no tienen puerta por

(38) Cfr. Segundo Serrano Poncela. «Quevedo, hombre político», en «Formas de vida hispánica». Gredos. Madrid, 1936, pág. 66.

(39) Cfr. Tarsia. «Vida de Don Francisco de Quevedo», en «Obras» (verso), cit. pág. 800.

donde entre Quevedo; y si alguna la tuvo (que no está bien averiguado), sería de algún señor, mozo bien heredado y libre de la paternal obediencia, en quien la siempre poco recatada juventud no conocería el infesto de su lasciva y deshonesto lengua, proponiéndole, como lo tiene de costumbre, gustos deliciosos y deshonestos, con que se agradaría por breve tiempo con lo provocativo la sensualidad a que se inclinan los pocos años; pero que en desaprisionándose las potencias, despertando el discurso y conociendo el culpable desprecio de su dignidad y nobleza, lo expulsaría con merecido ultraje, como lo han hecho muchos, y lo harán todos los que tuvieren respetos dignos de alabanza». (40).

Constituídas tal tipo de amistades, nos interesa ahora puntualizar cuál era la actitud de Quevedo respecto a sus señoriales amigos. Nos interesa destacar si el concepto y aprecio en que éstos tenían a Quevedo correspondía con el trato respetuoso y devoto que les dispensaba el escritor. A poco que se sepa de las condiciones sociales en que se mueve la sociedad literaria del siglo XVII, resulta fácilmente presumible el sentido en que iban a circular, preferentemente, el elogio y la sumisión. Sin embargo, Quevedo no llegó en ningún caso a los extremos de servilismos a que, de grado o por fuerza, llegaron quien más, quien menos de los escritores de nuestro período barroco, época artística que encuentra quizás una de sus justificaciones más notables, en un afán social de dedicación a un público cada vez más selecto (41).

Por los rasgos de su riquísimo epistolario sabemos bien que Quevedo, sin perder jamás el máximo respeto a sus encumbrados amigos, se consideraba más un amigo, un confidente que un siervo. Mal hubiera casado esta última actitud con su orgullo de hidalgo montañés. Como tal, jamás aceptó presente alguno que no devolviera en la medida de sus posibles; a veces, incluso, tenemos la impresión, por lo que en las cartas se lee, que la largueza del no rico Quevedo superaba a la de sus opulentos amigos. Y la familiaridad de las cartas no se deja vencer en ningún caso del lado exclusivo de Quevedo.

Sin embargo quizás el énfasis especial que Quevedo y su biógrafo Tarsia ponen en destacar las atenciones con que los grandes señores honran al escritor, responda precisamente a una tensión continuada, a un no estar completamente seguro del respeto íntimo de quienes tanto le agasajan.

Quevedo fue siempre especialmente sensible a la vanidad cortesana,

---

(40) *Ibíd.* pág. 1.109.

(41) Con nuestra opinión coincide, entre otros, Emilio Carilla: «En medio de tutelas y mecenazgos no siempre sobrellevados con dignidad, Quevedo es de los que guardan mayor independencia». Cfr. «Quevedo, entre dos centenarios». Tucumán. Universidad, 1949, pág. 38.

ya destacábamos este extremo en otro lugar al hablar de su actitud en el viaje real a Andalucía.

En las embajadas de Osuna que desempeñó en Madrid, se ufana nuestro autor con la avarienta persecución de que es objeto por parte de todos:

«Andase tras mi media corte, y no hay hombre que no me haga mil ofrecimientos en el servicio de V. E.; que aquí los más hombres se han vuelto putas que no las alcanza quien no da» (42).

En otra ocasión sabemos que Don Francisco recibe una distinguida visita en su casa, y, aunque viejo y curado de vanidades, echa las campanas al vuelo:

«Ocho días habrá que passó por aquí el Sr. Duque de Cesar y antes de apearse del coche en el mesón preguntó por mi dixerone como estaba tan malo, y con la mayor fineça del mundo se vino aquí con su Medico y su Cappellan a verme estuuu conmigo çerca de tres horas, no podré encareçer a V. m. lo que sintió y le afligió, el verme tan desfigurado en toda mi persona...» (43).

De muchos acontecimientos como el que precede debió tener noticia Tarsia, si no mentía cuando declaraba:

«Y como este filósofo en tal vil mesón mereció ser visitado de Alejandro Magno, así a la posada de don Francisco concurrían todos los grandes y príncipes de la corte, para quienes tenía horas señaladas, y solían acudir con tanta puntualidad, que no dejaban día en que no le viesen, para gozo de su conversación». (44).

A exageracionese de este tipo, se oponen, además de las sospechosas ponderaciones anteriormente aludidas de Quevedo, las quejas del propio escritor respecto de determinados nobles —no hablo ya de la actitud de Osuna y el Conde-Duque, casos a parte, de que nos ocupamos oportunamente—. Por ejemplo las una y otra vez repetidas quejas de Quevedo a desatenciones del duque del Infantazgo. En carta a su amigo Francisco de Oviedo, escrita poco antes de su muerte, Quevedo deja escapar una de estas acusaciones:

«Yo no se qué le da cuidado al señor duque del Infantado de la impresión de mis obras, pues aún una que le dirigí razonable no la leyó ni me dijo nada, si era buena o mala, cosa de que yo no me quejé, ni me quejaré». (45).

(42) Cfr. F. Quevedo. «Obras» (prosa), cit. pág. 1.603.

(43) Cfr. F. Quevedo. «Obras» (verso), cit. pág. 1.520.

(44) *Ibid.* pág. 775.

(45) Cfr. F. Quevedo. «Obras» (prosa), cit. pág. 1.851.

Mas, si dejando a un lado estos hechos de muy poca importancia, nos ceñimos al curso de la historia de los tres procesos de colaboración de Quevedo con Osuna, Olivares y Medinaceli, siguiendo las pautas ya trilladas por la crítica, llegaremos inmediatamente a la conclusión de que Quevedo no obtuvo de estas colaboraciones más que vejaciones y disgustos, a veces realmente graves.

Mucho sabemos del largo proceso de amistad entre Quevedo y Osuna. En la mente de todos se mantiene siempre la página del diario napolitano de Zazzera en el que se destaca que nuestro escritor disfruta de las mayores atenciones del prócer. Sin embargo, no bien se producen los primeros fracasos en la misión de Quevedo, éste, el "bellaco", es desposeído de la confianza de Osuna, con mayor o menor justificación, y se ve obligado a volver a España, donde la honradez de sus gestiones se abre paso a través de las acusaciones de un proceso que no perdonó ninguna culpa por pequeña que fuese. (46).

Esta ruptura y la posterior caída de Osuna, del que ya no cabía esperar ningún favor, hubieran justificado en un alma absolutamente desagradecida —como muchos tildan, especialmente por este lance, a la de Quevedo— una cierta animadversión. Quevedo, sin embargo, se mantuvo siempre fiel a su desdichado amigo en la medida de lo razonable. Artísticamente pocos personajes podrán gloriarse más que Osuna de haber sido immortalizados con palabras más bellas y sentidas: "Faltar pudo su patria al grande Osuna". En lo político poco hubiera conseguido Quevedo con una postura más franca en el proceso. Sin acusar a su amo, sin hacerle objeto de injusticia alguna, sacó lo más bien parada que pudo su propia fama, para estar en condición de colaborar con los verdugos del depuesto virrey, y no por ingratitud, sino, como ya hemos dicho, porque le atraía la común empresa de España, más sublime que las discrepancias de bandería.

---

(46) Distintos rasgos dignos de relieve para seguir el proceso de esta interesante relación pueden consultarse en «Obras» (verso), cit. pág. 788, 993, 1.104, 1.108, etc.... y en (prosa) págs. 1.805 y 1.823. De la abundante bibliografía al respecto, destaca, a pesar de los años, el análisis que del mismo hace Merimeé en sus «Essai...» cit. págs. 65 y sgs. El más moderno y agudo enjuiciamiento es, sin duda, el de Segundo Serrano Poncela, que transcribimos en algunos de sus puntos esenciales: «Quevedo volvió a ser el «bellaco» —tras el recrudecimiento en Madrid de los ataques a Osuna—. Así, viéndose sustituido en la confianza del Duque por el camarero Córdoba, retornó a Nápoles para solicitar de Osuna el regreso definitivo a España y éste se lo aprobó... Para Quevedo, el fracaso y la ruptura con el Duque debieron significar una gran desilusión y al replegarse a Madrid de nuevo y reentrar en la fauna literaria se sentiría fuera de situación: engañado y estafado por la vida. A partir de este momento en todos los escritos quevedianos se percibe cierta agrura de hombre desencantado, no tanto por los demás como por su mala suerte, viendo cómo se le iba de entre las manos la situación única. Difícilmente volvería a encontrar una orma tan a su medida». Cfr. «Formas de vida hispánica». Cit. págs. 93 y 95.

Quevedo intentó por dos veces reconstruir su aventura con Olivares y con Medinaceli.

Con el último de éstos se le ha unido por la conjetura de participación de ambos en la "Conspiración de Francia" en la que la presencia de nuestro poeta es solamente más segura que su intervención en el tan famoso asunto del "Memorial" y la servilleta; lo cual ciertamente no es decir nada. Lo cierto es que el de Medinaceli, y es lo que a nosotros nos interesa aquí, fue siempre un atento corresponsal de Quevedo, que tomó sobre sí la molestia de buscarle esposa, y de cuya casa salió preso don Francisco hacia San Marcos de León.

Pero el ejemplo más elocuente para definir el grado de entrega de Quevedo a su ideal, por encima de ñoñerías que han engañado a tantos críticos, es el de sus relaciones con el Conde-Duque de Olivares. Este sí es un punto en el que puede afirmarse sin temor a dudas que se ha fijado toda la crítica de Quevedo; las conclusiones, por supuesto, son de lo más variado (47).

Los altibajos de estas relaciones importan poco. Lo seguro, lo coherente con la línea de actuación que nosotros queremos destacar es que Quevedo sirvió siempre que pudo al Conde-Duque; que el impulso de la colaboración nació siempre fundamentalmente de su lado; que Olivares fue el señor y Quevedo, el gran artista, una vez más fue el bellaco. Quevedo, aunque sin incurrir en la traición, no se mostró excesivamente puntilloso en materia de fidelidad al amigo, Osuna, recién condenado por el nuevo valido, accedió a defender las medidas gubernativas más indefendibles; dirigió panegíricos y epístolas laudatorias al nuevo valido; se carteo con él y con su esposa, y le visitó en su casa. Llegó a los grados inferiores, en su caso no podía llegar a lo ínfimo, en el servilismo literario de la época, a más bajos niveles por supuesto que con Osuna y Medinaceli; pero al mismo tiempo no aceptó, no lo olvidemos, ningún cargo de los que le ofrecieron, sólo algún honor. ¿Esperaba más? —puede preguntarse alguno—. A su vez nosotros preguntaríamos: ¿Qué podía esperar en la mentalidad de su época?

No, para nosotros Quevedo sirvió a Olivares, no por simpatía hacia el valido —como sin duda fue el arranque básico de sus servicios al noble Osuna—, sino por esperanza en aquel hombre impresionante, que, pintado a caballo por Velázquez, nos produce hoy la impresión de que vaya a pisotear el mundo. La fascinación, la ambición, la seguridad en sí mismo del Rector salmantino, hicieron soñar a Quevedo con el hallazgo del tan buscado caudillo; y una vez más la mente que nació para reinar se

---

(47) Cfr. E. Aguado. «Francisco de Quevedo». Op. Cit. págs. 108 y 95.

sometió al vasallaje del prohombre de turno. Quevedo, por amor de España, dió una vez más el costoso testimonio de humildad.

Buena prueba de todo ello nos parece el que, ni los peores enemigos de Quevedo han podido encontrar el dato externo, biográfico, que determinase la causa de la definitiva ruptura entre Quevedo y Olivares. No hay una fecha que marque una ofensa o una retirada de crédito del poderoso valido al pobre escritor. Quevedo se va distanciando lentamente de Olivares, a cada fracaso del político, con cada día vivido en la desesperanza de la resurrección de España.

Al afiliarse a las órdenes de Medinaceli —que quizás despertó en el maduro Quevedo una simpatía parecida a lo que en el joven despertó Osuna y que nunca se descubre por Olivares— Quevedo vuelve a darnos muestra, no de versatilidad e infidelidad, sino por el contrario de permanencia en el vigor de su ideal de servicio a España. Quevedo, al que el amor mismo le hacía trabajoso renunciar a sus ilusiones más queridas, se ve obligado un día a confesarse la incapacidad —por las razones que se quieran— de “su amo” Olivares en orden a la recuperación de España; quizás alumbrado en este descubrimiento por una nueva esperanza, la de Medinaceli y su grupo.

Y ese mismo día, sin esperar al siguiente, no con la esperanza de mejorar de trato, sino dejando lo cierto, que no aceptó nunca de Olivares, por lo dudoso de un albur revolucionario —en el sentido que en los hombres de la monarquía española del siglo XVII puede tener este término— vistiendo una vez más sus más juveniles galas de ilusión patriótica, nuestro escritor se pasó a la oposición del Conde-Duque.

Queremos concluir este apartado manifestando nuestra disconformidad con una serie de generalizadas opiniones a nuestro parecer desorbitadas por distintos conceptos.

La más injusta, aunque se invoque para glorificación de Quevedo, —ya hemos advertido lo inútil y perjudicial que resulta colaborar con el genio para su apoteosis— es suponer a Quevedo centro del universo en torno al que giraban todos los nobles, intentando ganarse sus favores y colaboración. Veamos una muestra de este desenfoque de la cuestión, en uno de los más serios críticos que pueden ofrecernosla:

«Sabía Quevedo que la acompañaba casi toda España en su clamor contra los abusos y el envilecimiento... Y no era Quevedo de los que se contentaban con ver los males y dejarlos que sigan rodando como las piedras que arrastra la corriente del río. Sintién-dose protagonista de aquella lucha sorda... es natural que hiciese algo... Quevedo intentó librar a la Monarquía de los dos válidos más implacables de nuestra historia, echando mano de Osuna y de Medinaceli». (47).

Quevedo tuvo que pagar, y bien caro, por poder colaborar. No a la inversa. En el sacrificio continuo del orgullo, quizás legítimo, a un ideal, es donde nos parece que hay que buscar y recoger los mejores frutos para gloria de Quevedo.

Otra postura con la que estamos en desacuerdo, bien que en este caso no tan franco como la anterior, es la sustentada por el crítico que mejor ha centrado, hace muy pocos años, la problemática central y más veraz del perfil humano atormentado de Quevedo, en torno a un propósito de acción política. Es la posición que parece adoptar Segundo Serrano Poncela, de la supuesta "frustración" de Quevedo, quien habiendo perdido la oportunidad de participar en la política activa, escribía porque no podía hacer otra cosa.

«Lo grave del caso —copiamos el texto más elocuente en la exposición de este desarrollo de la frustración quevedesca— es que tal supuesto nos llevaría, ahondando en el sentido auténtico de la vida quevediana, a estudiar toda su obra como el resultado de una gran frustración. Quevedo escribió porque no podía hacer otra cosa; la «cosa» que él hubiera deseado con fervor: hacer alta política, no teórica precisamente, sino política pragmática, de hechos diarios, de intriga y de circunstancia». (48).

Nosotros no tendríamos inconveniente en aceptar, como quiere Poncela, dos etapas diferentes en la vida política de Quevedo, la de Osuna y la siguiente, delimitadas por la disminución, no por el cese total, de la actividad política "pragmática"; tampoco negamos que el desideratum máximo de Quevedo hubiera sido, no ya el tomar parte más activa de la que tomaba en la política "pragmática", sino —puestos a suponer, lo afirmamos sin duda alguna— el tomar en las propias manos los problemas más difíciles y darle solución, el haber sido, en una palabra, otro Olivares.

Pero creemos que es preciso añadir algo a la idea de Serrano Poncela —y lo hacemos más que nada para que lo que tiene de luminosa aclare también el campo concreto de nuestras actuales cavilaciones—. Se trata de afirmar que Quevedo odiaría la idea de la frustración de que se nos habla, y de que la frustración, así interpretada resulta un tanto problemática.

Quevedo odiaría la frustración, como odiaba el reconocimiento del fracaso en todo lo que le importaba verdaderamente. Siendo, como lo era, un luchador incansable no "sintió" nunca sobre sus escritos como "catarsis", como liberación de una frustración o complejo. Creemos descubrir en los escritos de Quevedo los ecos de una serie de notas de espera. Cada si-

(48) Cfr. S. Serrano Poncela. «Formas de vida de hispánica». Cit. páginas 408 y 409.

tuación nueva, cada nuevo acontecimiento en el que, como él podía, tomaba parte, le inspiraba una advertencia, una corrección, una súplica, un panegírico o una sátira. Por eso el tono de sus escritos es el de un activo patriota ilusionado, no el de un político en el ostracismo.

En segundo lugar la "frustración" llevada al extremo propuesto por el crítico que comentamos, nos parece muy problemática.

Parte de la base de una consciente elección truncada por fuerzas externas a uno mismo. Todos estos requisitos los reúne la frustración de Quevedo sin duda alguna: su alianza esperanzada con Osuna, es el primero y la caída de Quevedo en el favor de Osma, como consecuencia de la de éste en el Rey. Pero no nos engañemos en el alcance de las pretensiones de Quevedo, ni en fijar el límite de sus esperanzas, y el comienzo de la frustración:

Quevedo no era un rebelde —la rebeldía es concepto probablemente más familiar en los tiempos del barroco trágico, que en el arte y la vida de hoy—. Si el mar sin fondo de su amargura no fuera lo suficientemente difícil de marear como para moverse siempre con la mayor prudencia aun en las ensenadas más familiares, diríamos que jamás se resolvió, al menos conscientemente, contra el orden social vigente, contra la situación de hecho en la que se abre su existencia. Quevedo se muestra más orgulloso de su condición de hidalgo de la Montaña, y señor de su Torre, que molesto por sus servicios a los grandes del reino.

El gobierno de España y de sus ejércitos en aquella época estaba siempre en manos de la nobleza; de mayor o de menor rango. Quevedo, pues, no pudo haber sentido nunca, seria y conscientemente, la voluntad de intervenir pre eminentemente en la política. Quería ser consejero y, oído o no, no dejó jamás de serlo; quería ser confidente y agente, y sabemos que, caído Osuna, lo fue de Olivares y de Medinaceli. Hasta aquí los recortes que nosotros hemos creído prudente hacer a la posible —posible perfectamente si se acepta el deseo subconsciente, el delirio onírico como base del fenómeno— frustración de Quevedo.

Por lo que respecta al trazado mismo del itinerario vital de Quevedo entre los nobles de su época, a las molestias, a los tropiezos, a las discontinuidades, al calvario de su orgullo en aras de sus sentimientos dominantes, el amor de España y el dolor de su postración, estamos plenamente de acuerdo con la espléndida formulación de Serrano Poncela:

«Quevedo fue —dice como conclusión de su Trabajo— de naturaleza soberbia como todo hombre de valía mal apreciado; una soberbia puesta, más de una vez, al servicio de sus pasiones... mala consejera en tiempos de adulación cortesana universal. Le hubiera sido necesario vivir en el siglo XVIII para convertirse en una especie

de M. de Voltire..., pero en el siglo XVII y en la corte de los Austrias, sólo había un camino disponible: el de la continua adulación. Quevedo lo paseó con discontinuidad, de acuerdo a sus estados de ánimo y esto le fue desfavorable».

La más importante conclusión para nosotros de toda la problemática sobre la relación de Quevedo con los grandes de su época —la actual del gigante con los pigmeos, en razón de la unidad de medida de lo inmortal y eterno— es la de la medida del entusiasmo de Quevedo en el servicio a España, plasmada en una vida en desconcertante zigzag (49), en cada uno de cuyos quiebros acechaba al incansable Quevedo un cruel manojito de espinas.

---

(49) Usamos de términos ajenos: «De ahí que nunca —Quevedo— se resignara a retirarse ni a romper definitivamente con el privado de turno. Su conducta es por eso zigzagante y desconcertante a veces». Cfr. P. Lira Urquieta. «Sobre Quevedo y otros clásicos». *Op. cit.* pág. 32.

## 6. FINAL

Partiendo del examen, fundamentalmente de revisión sinóptica de lo mucho ya apuntado por la crítica, de los contrasentidos, contrastes o almas de Quevedo, hemos querido llegar al principio incontrastable y fiel en que se pudiera basar una revisión del alma del genial escritor, en el cual, a poco que se le conozca, se vislumbra un fondo trágico, de urgencias vitales, que no se aviene con la indiferente serenidad ante el cataclismo del cínico.

Hemos creído encontrar la base más idónea —quizás no la única— para tal examen en el síntoma de generosidad que supuso su desinteresado amor a España, y en el de fidelidad abengada que significó su entrega permanente al servicio de tal amor.

Lo triste para España fue —o quizá haya sido todavía mejor que las cosas fueran como sucedieron— que Quevedo, uno de sus más devotos y geniales hijos, estuviera condenado entre sus contemporáneos a representar, por ley social o por puro acaso, el papel humilde del hombre superior encadenado a los mediocres, a representar para España, cada día de su vida, el poder sin fuerzas.

## OBRAS CITADAS EN EL PRESENTE ESTUDIO

- AGUADO, Emiliano. "Francisco de Quevedo". Ed. Nuevas Editoriales Unidas. Madrid, 1962.
- ALARCOS GARCIA, E. "El dinero en las obras de Quevedo". Valladolid, 1942.
- ALARCOS GARCIA, E. "Quevedo y la parada idiomática". Archivum Oviedo, V. 1955.
- ALBERTI, R. "Don Francisco de Quevedo, poeta de la muerte". Revista Nacional de Cultura. Caracas, 1960.
- ASTRANA MARIN. "Vida turbuleta de Quevedo". Ed. Gran Capitán. Madrid, 1945.
- BLECUA, José-Manuel. "Un ejemplo de dificultades: el Memorial "Católica, sacra, real Majestad". Nueva Revista de Filología Hispánica, VIII, 1954.
- BOUVIER. "Quevedo, homme du diable, homme de Dieu". Champion. Paris.
- BOUVIER, R. "L'Espagne de Quevedo". Librairie. E. Droz, Paris, 1936.
- CARILLA, E. "Quevedo entre dos centenarios". Tucumán. Universidad, 1948.
- COSSIO, José M.<sup>a</sup> de. "Lección sobre un soneto de Quevedo". Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo. XXI, 1945.
- CROSBY, James O. "The text tradition of the Memorial Católica Sacra Real Majestad". Lawrence University of Kansas Press, 1958.
- CROSBY. "Nuevos documentos para la biografía de Quevedo". Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo. XXXIV. 1958, n.º 3.
- ESPINA, Antonio. "Quevedo". Madrid, Atlas, 1960.
- GONZALEZ DE AMEZUA, A. "Las almas de Quevedo". Discurso en la R. A. Española. 1946. Madrid. S. Aguirre.
- H. GREEN, Ottis. "El amor cortés en Quevedo". Biblioteca del hispanista, Zaragoza, 1955.
- JUDERIAS, Julián. "Don Francisco de Quevedo y Villegas, la época, el hombre, las doctrinas". Madrid, Jaime Rates, 1922.

- LAIN ENTRALGO. "La aventura de leer". Espasa Calpe (Austral).  
LIDA, Raimundo. "Letras hispánicas". México, 1958.  
LIRA, Osvaldo. "Visión Política de Quevedo". Seminario de Problemas Hispanoamericanos. Madrid, 1948.  
LIRA URQUIETA, Pedro. "Sobre Quevedo y otros clásicos". Ed. Cultura Hispánica. Madrid, 1958.  
MARAÑÓN, Gregorio. "El Conde-Duque de Olivares". Espasa-Calpe. Austral. Madrid, 1965.  
MAS, Amadée. "La caricature de la femme, du mariage et de l'amour dans l'oeuvre de Quevedo". Ed. Hispano-americanas. Paris, 1957.  
MAURA Y GAMAZO. "Conferencias sobre Quevedo". Madrid. S. Calleja, s. a.  
MERIMEE, E. "Essai sur la vie et les oeuvres de Francisco de Quevedo". Paris. Picard, 1886.  
MUÑOZ CORTES, M. "El juego de palabras en Quevedo". Tesis doctoral (Inédita).  
PENZOL. "El estilo de D. Francisco de Quevedo". Erudición Ibero Ultramarina. Madrid. II, 1931, págs. 70-86.  
PEREZ CLOTET, Pedro. "La Política de Dios de Quevedo, su contenida ético jurídico". Reus. Madrid, 1928.  
QUEVEDO, Francisco de. "Obras completas". (Prosa). Ed. Astrana. Madrid. Aguilar, 1945.  
REYES, Alfonso. "Cuatro ingenios". Espasa-Calpe. Madrid, 1950.  
SELDEN ROSE, Robert. "The patriotism of Quevedo", en "The Modern Language Journal". January, 1925.  
SERRANO PONCELA, Segundo. "Quevedo hombre político", en "Formas de vida hispánica". Gredos. Madrid, 1936.  
SOLER, Cayetano. "¿Quién fue Don Francisco de Quevedo?". Barcelona, L. González, 1898.  
SPITZER, Leo. "Zur Kunst Quevedos in seinem Buscon". Arch. Romanicum. XI, 1927.  
TARSIA. "Vida de Don Francisco de Quevedo", en "Obras completas". Vol. Verso. Ed. Astrana Marín. Madrid, Aguilar, 1932.  
TESAURO, E. "Il Canocchiale Aristotelico".  
H. WILSON, Edward. "Quevedo for the mases". Atlante. Vol. 3. n. 4. October, 1959.